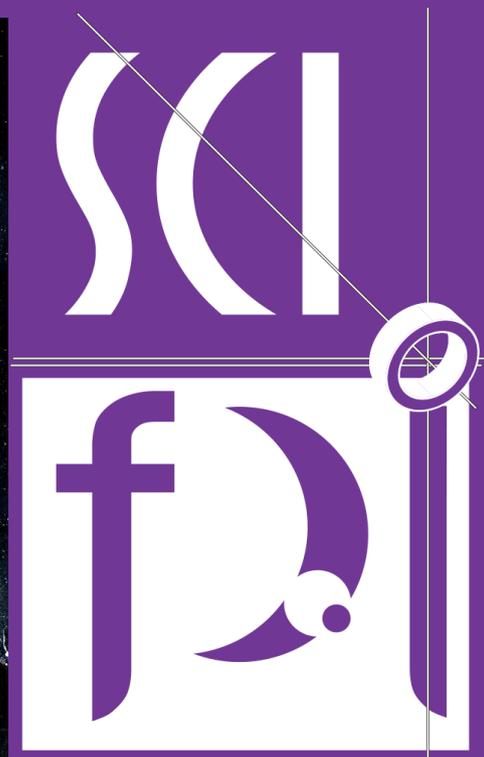


Sci-FdI: Revista de Ciencia Ficción  
de la Facultad de Informática  
de la UCM



Una de detectives  
Crímenes e investigadores  
en la ciencia ficción

Portada: Sofía Noriega

<http://www.ucm.es/sci-fdi> | [scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)



UNIVERSIDAD  
COMPLUTENSE  
MADRID

·Tómese su tiempo ·00011011 ligue ·Situación sin salida ·Fase continua  
·Crepúsculo mecánico ·A las puertas del misterio: el detective en la ciencia  
ficción ·Despedida completa

## Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán  
Enrique Eugenio Corrales Mateos  
Héctor Cortiguera Herrera  
Marco Antonio Gómez Martín  
Javier Muñoz Pérez  
Salvador de la Puente González  
Francisco Romero Calvo  
Fernando Rubio Díez  
Julio Septién del Castillo  
David Sigüenza Tortosa

## Portada

Sofía Noriega

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en  $\text{\LaTeX}$  por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE  
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

# Editorial

## Comité Editorial

Ahora que en el hemisferio norte comenzamos la época de vacaciones, les proponemos una buena dosis de lectura para disfrutar del merecido tiempo libre. Ahora bien, no se preocupen si nos leen desde el hemisferio sur, porque en ese caso les proponemos una buena dosis de lectura para desconectar del trabajo del día a día... En cualquier caso, para comenzar este número, *Tómese su tiempo*. No, no queremos que tarde en empezar a leerlo, lo que queremos es que comience disfrutando del nuevo relato de Víctor Parra Avellaneda. A continuación, Christopher T. Dabrowski nos presenta un *00011011 ligue* bastante breve, para a continuación superarse aún más en cuanto a brevedad con su drabble *Situación sin salida*. Gracias a Maximiliano G. Giménez pasaremos a *Fase continua* justo antes de presentar el nuevo libro de Berumen titulado *Crepúsculo mecánico*, cuya portada ilustra también la portada del número actual de Sci-FdI. Acto seguido, Rutwig Campoamor Stursberg nos presenta un estupendo ensayo sobre *el detective en la ciencia ficción*. Terminamos, como no podía ser de otra forma, con una *Despedida completa*, en este caso a cargo de Ismael Rodríguez Laguna. Pero no teman, nuestro autor más prolífico no se despide de la revista, seguro que seguiremos contando con sus relatos en números futuros.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que nuestro ensayista de cabecera se ha interesado por

el tema detectivesco debido a su interés por resolver el misterioso caso de la desaparición del aire acondicionado de su Facultad en plena ola de calor. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías sin fundamento. Es bien sabido que la responsable es la ley de Murphy.

## Índice

<b>Tómese su tiempo</b>	<b>4</b>
<b>00011011 ligue</b>	<b>13</b>
<b>Situación sin salida</b>	<b>15</b>
<b>Fase continua</b>	<b>16</b>
<b>Crepúsculo mecánico</b>	<b>22</b>
<b>A las puertas del misterio: el</b>	
<b>detective en la ciencia ficción</b>	<b>30</b>
<b>Despedida completa</b>	<b>40</b>

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>  
Envíos y sugerencias: [scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)

### Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FdI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



# Tómese su tiempo

Parra Avellaneda, Víctor

*Y aves, y bichos y pejes,  
se mantienen de mil modos;  
pero el hombre en su acomodo  
es curioso de observar:  
es el que sabe llorar,  
y es el que se los come a todos.*

La vuelta de Martín Fierro  
JOSÉ HERNÁNDEZ

El paciente que llega a mi consultorio es un hombre de cuarenta años de edad.

–Dígame, ¿por qué ha venido? –le pregunto.

El hombre se muestra preocupado, nervioso. Dice algo muy bajo que no puedo escuchar bien, como si las palabras se le atascan, hasta que da un leve suspiro y por fin dice:

–Hace días que tengo una fuerte indigestión y algo de fiebre... me asusta que... que pueda ser un virus –dice, tartamudeando.

–¿Algún otro médico lo ha examinado?

–No. Verá... no estaría tan preocupado si... si...

No terminó lo que trataba de decir. Los nervios en él eran intensos.

–Cálmese –le digo–. Por favor, dígame, ¿qué ha sido lo último que ha comido? Puede que estuviera contaminado.

–Recuerdo que antes de volver al presente comí una ensalada de tomate. Tal vez, como dice usted, estuviese contaminada, en el agua con la que lavaron las verduras, no sé. Pero... sigo pensando en la posibilidad de que esto sea causado por un virus... si llegara a ser eso nos pondrían a todos en cuarentena.

Que el paciente dijera «antes de volver al presente» me hizo sobresaltar por un instante.

–¿Usted viajó al pasado? –le pregunté.

–Sí... –dijo, como dando la respuesta con resignación.

–Vaya. Eso sí que es un gran problema –contesté.

–Lo sé... la cuarentena... un contagio y una pandemia inminente por mi culpa –dijo el hombre, más nervioso que antes; uno de sus pies se agitaba mucho, como si tuviera frío, lo mismo que sus manos, se movían como maracas.

–Tendré que tomar algunas muestras de sangre para analizarlas. Será rápido –le digo al hombre.

El rostro del paciente empezaba a dar indicios de una ansiedad incontrolable. La frente le brillaba por las gotas de sudor recién brotadas de su piel y su mirada se iba perdidamente hacia el techo, luego hacia el piso, hacia los lados, hacia mí y repetía este ciclo de manera compulsiva.

Entretanto, de los cajones de mi escritorio saqué un pequeño dispositivo, un secuenciador metagenómico, parecido a los antiguos medidores de glucosa. Tomé la mano del paciente y de su dedo tomé una muestra de sangre, apenas una gota.

–Bien –dije–. En breve sabremos la causa de su malestar. Hay que esperar a que sea secuenciado su metagenoma, es decir, el genoma completo de cada microorganismo que hay en su sangre. Si hay algo peligroso lo sabremos.

Tomé el aparato en mis manos arrugadas y empecé a caminar alrededor de mi escritorio como dando vueltas y matando así el tiempo. Siempre lo he hecho, dar vueltas en círculos me ayuda a concentrarme.

Después de unos segundos el secuenciador emitió un pitido. Había terminado el proceso. Regresé a mi escritorio, donde el paciente me miraba con gran atención. Vi los resultados en la pantalla del secuenciador y sentí alivio.

–Todo en orden. No hay rastros de virus que representen un peligro.

–¡Menos mal! Pero, entonces ¿qué tengo...?

–¿Podría decirme a qué Era viajó? –le pregunté, tocando mis canosos cabellos.

–Al periodo Paleógeno temprano... hace sesenta millones de años.

–¿Con qué motivo realizó su viaje? –le pregunté. Estas no eran más que preguntas de rutina.

–Recreación. Fui a pasar unas vacaciones.

Que el paciente haya viajado en el tiempo no tiene nada de sorprendente. La gente viaja en el tiempo normalmente, es cosa de todos los días. Hace medio siglo, cuando se descubrió la manera de hacerlo, la exploración del espacio era vista con pesimismo por sus altos costos y resultó mucho más interesante ir a las diferentes épocas de la Tierra porque, de alguna manera, se disponía de infinidad de mundos habitables sin necesidad de abandonar el planeta y paliar los efectos de la relatividad general en cuanto a viajes de distancias muy largas.

En un principio viajar en el tiempo, o más propiamente dicho, la transtemporalidad, se utilizó con fines científicos: los físicos querían ver el Big Bang y los biólogos observar los fenómenos evolutivos de primera mano. Con los años la transtemporalidad se hizo muy común y asequible, al grado de que algunas compañías de turismo que competían con corporaciones de colonización de exoplanetas, organizaron viajes vacacionales y excursiones recreativas hacia épocas llamativas para el público en general. A su vez, esto ayudó a disipar la sobrepoblación mundial; al tener miles de mundos a la disposición de la humanidad, el exceso de habitantes fue distribuido a lo largo de las miles de Tierras existentes en el tiempo.

Los pioneros no eran conscientes de la gran cantidad de riesgos sanitarios que implica la transtemporalidad y la eventual migración de la población planetaria. Muchos de los crononautas que regresaban al presente portaban terribles enfermedades endémicas de hace millones de años para las cuales nadie tenía anticuerpos. Recuerdo el caso de unos paleobiólogos, que después de estudiar a un dinosaurio, trajeron consigo un virus que mutó y los infectó: la famosa gripe humano—dinosauriana, o cepa

H2N7V15, causante de la muerte de más de tres mil millones de personas.

\*\*\*

–Sesenta millones de años es mucho tiempo... –dije, mientras veía los resultados del secuenciador metagenómico. Enseguida eché una mirada a mi paciente.

–Bueno... no creo que sea tanto tiempo. Un amigo, que gusta de deportes extremos, viajó hasta el Eón Hádico –explicó él, a veces tartamudeando. Seguía nervioso—. Creo que el Hádico se ubica a cuatro mil millones de años en el pasado. Cuando mi amigo regresó tenía muchas quemaduras en la piel. Ya sabe, en esa época no había nada sobre la Tierra más que fuego, mucho y lava por todas partes. No es una época agradable para viajar precisamente...

Era habitual, como en este caso, que los pacientes, aquejados por sus malestares, mencionaran viajes mucho más extremos realizados por otras personas, quizás para hacer parecer que su situación no era tan grave y que ellos no habían sido tan imprudentes haciendo tal o cual cosa.

–Tal parece que no se trata de un agente patógeno. ¿Se vacunó cuando viajó? –le pregunté al hombre.

–Tengo todas las vacunas reglamentarias –dijo el paciente, mostrándome una hoja impresa en papel kamikaze, en donde leí la lista completa de vacunas reglamentarias para los viajes en el tiempo. Estaban aprobadas y certificadas, con visto bueno de la Secretaría de Salud, todos los inóculos correspondientes a las enfermedades más frecuentes del pasado. Desde las más cercanas al presente, como la dracunculosis, el sarampión, la viruela, la tuberculosis, la gripe muda, la metamorfosis quimérica por sintenia, hasta las más antiguas como la peste negra, la fiebre hemorrágica pterosauriana, el síndrome respiratorio agudo severo de Laramidia, la enfermedad de Gu-Yo Me o la temible ekirimizzi de los cangrejos cacerola del Ordovícico medio.

–Todo en orden, en efecto –digo, al reparar mis ojos sobre la lista de vacunas y leer los sellos gubernamentales de sanidad, los códigos pertinentes y la huella de agua del papel que dice Este certificado médico es válido del 8 de junio al 9 de julio. Naturalmente el papel, una vez pase la fecha establecida, se descompondrá hasta desaparecer. No me sorprende que le hayan nombrado papel kamikaze. Así los viajeros están obligados a actualizar sus permisos y es imposible falsificarlos.

–Sí, doctor, –dijo el paciente–. Todo está en orden –agregó mientras yo le devolvía el certificado.

Me encontraba más perplejo. Con las vacunas en regla no había explicación de una enfermedad infecciosa lo que causaba el malestar del paciente. Debía ser otra la causa. ¿Pero qué cosa?

Traté de atar cabos, tanto de los casos anteriores que había atendido en mis años de estudiante como algunos de mis viajes vacacionales a través de las épocas terrestres y las tan variadas experiencias en relación con los alimentos consumidos por los turistas con los que viajé.

El primer viaje transtemporal que realicé fue durante el periodo Ediacárico, un tiempo bastante tranquilo y aburrido, donde la Tierra era más que nada una inmensa masa de agua con algunos peñascos surgiendo de ella a modo de primitivos continentes y animales parecidos más a plantas que a otra cosa. Uno de los compañeros con los que iba en ese viaje decidió comer una Dickinsonia asada. La Dickinsonia era un animal primitivo de cuerpo plano como la hoja de un árbol, no tenía ojos, ni patas, ni antenas, ni nada. A pesar de ser el animal más antiguo de la Tierra no se le parecía nada a los animales actuales.

Mi compañero de viaje había sido muy insistente con nosotros en que probara lo que estaba cocinando a las brasas, pero yo me negué rotundamente.

–No, gracias –le dije –. Yo tengo mi propia comida –agregué, mostrándole mi tupper.

Mi compañero de viaje me miró con cara de ‘tú te lo pierdes’, para después bur-

larse y sermonear sobre la importancia de probar la comida de los lugares hacia donde se viaja. Que para qué atravesaba la barrera del tiempo si iba a comer siempre lo mismo, que mejor me hubiera quedado en casa con mi actitud, según él, tan aburrida y aguafiestas.

Yo admito que soy algo cerrado en ese aspecto de la comida. Desde aquel viaje a Guadalajara, cuando tenía ocho años, en que me enfermé porque la carne de cerdo de la torta ahogada que comí estaba contaminada y me provocó la peor indigestión de mi vida al grado que pensaba que me moriría entre las diarreas, decidí siempre llevar mis propios alimentos a donde fuera y no correr riesgos innecesarios. Es algo que me ha salvado la vida innumerables veces. En mi viaje al Ediacárico lo confirmé de manera trágica. Mi compañero no sabía, al igual que ninguna persona del mundo en aquel momento, que al cocinarse una Dickinsonia el protoplasma interno de su cuerpo se transforma por el calor en una sustancia venenosa que provoca shock hepático y muerte cerebral en tan solo dos horas. El episodio fue uno de los tantos ocurridos en turistas desconocedores de las propiedades químicas de las criaturas antiguas.

También puedo mencionar aquella vez en que acompañé a mi cuñada y a su insufrible novio al final del periodo Pérmico. Ellos dos eran aficionados a la pesca deportiva; habían cazado megalodontes en varias excursiones durante el mioceno, también habían atrapado dunkleosteus del devónico y esta vez querían a un hybodus.

–¿Qué tiene de especial ese bicho? –le dije a mi cuñada, cuando ella me contaba con gran emoción sus planes para pescar al pez.

–Pues que... es un hybodus –me dijo, vacilando su respuesta–. Es un tiburón muy extraño. A mí me gustan las cosas raras.

Ella continuó hablándome de lo emocionante que sería ir al periodo Pérmico a pescar un tiburón extinto. Luego me habló de las bondades de la pesca deportiva y lo maravilloso que era descubrir especies nuevas a través del tiempo.

–¡Vamos, cuñado! Te va a gustar la experiencia. Pescar es muy divertido.

–Nunca he ido a pescar –le dije, tratando de zafarme del compromiso al que me estaba forzando.

–¡Pues ahí está el problema! –exclamó, eufórica, mientras agitaba sus manos rápidamente al hablar–. Te cierras a nuevas experiencias que no sabes que podrían gustarte. Incluso, no sabes si después de esto te conviertes también en aficionado a la pesca y nos superas, convirtiéndote en el mejor pescador de la historia. Puede que, incluso descubras que tu verdadera pasión no era la medicina, sino la pesca, solo que no te has dado la oportunidad de descubrirlo.

–Si algo he aprendido de la medicina es que los viajes en el tiempo siempre tienen riesgos –le dije.

Traté, por todos los medios posibles, de hacerle recordar los cientos de casos que había atendido, los peligros de la comida, el riesgo del turismo transtemporal y todos los aprietos en que podía meterse ella y todos sus amigos ociosos que no hacían más que matar el tiempo en depredar animales prehistóricos. Pero todo fue inútil. Porque ella seguía moviendo las manos y diciendo lo importante de la pesca, que así nació la humanidad, que la pesca une los corazones de las personas y que el mío gritaba ir de pesca.

Después de esa conversación y después de insistir miles de veces, mi cuñada fue con mi esposa, quien terminó obligándome a acompañar a su querida hermana. Ella me habló durante horas sobre la importancia de la unidad familiar, de compartir experiencias y viajes con más personas y que debía salir de mi zona de confort. Pues bien, terminé aceptando a regañadientes, compré mi equipo de pesca, asesorado por mi cuñada y su novio, quienes me hicieron ir a no sé cuántas tiendas para elegir el mejor equipo, lo mismo que la ropa, mientras se mostraban animados por mi iniciativa de acompañarlos y los cambios en mi vida que traería la experiencia. Yo, francamente, trataba de no ponerles atención y de no escuchar su chachareo insoportable. Solo que

ría que el viaje terminara lo más pronto posible.

Compramos los pasajes hacia el periodo Pérmico en la estación de viajes en el tiempo, ubicada en la esquina de mi casa, y cruzamos la barrera transtemporal junto a más pescadores pancrónicos.

En segundos todo se había transformado. No había edificios ni calles ni vehículos, sino muchas montañas desérticas y un mar que lucía de un intenso color verde. Al abordar en uno de los veleros junto a mi cuñada, su novio y otros pescadores, pude sentir un vaho insoportable proveniente del mar. Había inmensas algas por doquier surgiendo del agua, la cual parecía hervir por su alta temperatura, y a lo lejos las montañas desérticas, sin ningún indicio de árboles o cualquier resquicio vegetal, exhalaban densas humaredas de ceniza por su actividad volcánica interminable. Tales nubarrones azufrados decoraban sombríamente la lejanía del horizonte, mientras el sol afloraba entre los huecos de las columnas de humo y su luz se tornaba a veces naranja o roja.

Yo me bañaba en sudor, mientras que los otros, pareciendo ignorar el infernal calor, con gran fuerza lanzaban con sus cañas los anzuelos hacia el mar, jalaban y extraían peces extravagantes al momento de sentir que tiraban de la cuerda. Por mi parte yo estaba cansado; el calor era sofocante, hacía más de cincuenta y cuatro grados centígrados y terminé bebiéndome más de cuatro litros de agua en tan solo media hora.

Después de forcejear un rato mi cuñada obtuvo lo que tanto anhelaba, su *hybodus*. Era un bicho no más grande que un salmón. Su aspecto era el de un escuálido tiburón con una púa sobresaliendo de su aleta dorsal y dos pequeños cuernos en su cabeza. La criatura se veía cansada, con los ojos pálidos y apenas aleteando, su cansancio era contagioso y sentí compasión por la desdichada criatura que parecía no luchar por su vida. De hecho, daba la impresión de que había permitido que lo pescaran, como si ya no soportara el infierno de mar en el que vivía.

–Bueno, cuñado; es hora de zarandear a este escualo –dijo mi cuñada, mientras sostenía triunfalmente al pescado enorme en sus manos y su novio tomaba con sus corpulentos brazos a una gran malla metálica para cocinar al bicho.

Nuevamente me negué a comer alimentos locales, más con la experiencia que tuve en el periodo Ediacárico.

–Tengo mi comida –le dije a ella, mostrándole mi tupper con mi actitud indiferente a sus reclamos.

Después de que ella me insistiera y me diera lecciones de nueva cuenta sobre lo importante de comer a los lugares a donde se viaja, lo fundamental de abrirse mundo por las innumerables experiencias gustativas del sabor y lo trascendental que es todo eso para el fortalecimiento de los lazos sociales y el desarrollo de una personalidad más plena, yo me cerré y dije ‘no muchas veces hasta que ella se hartó y dijo ‘está bien’.

Yo abría mi tupper y comía mi sandwich, mi cuñada y su novio, junto a los demás pescadores transtemporales, abrieron los peces pérmicos con cuchillos, les sacaron las vísceras y los colocaron al fuego entre las mallas metálicas, como solía hacerse en la costa de Nayarit con los pescados zarandeados de San Blas, no sin antes añadirles sal y pimienta. Al cabo de una media hora los pescados estaban listos, olían bastante bien, debo admitirlo, y mi cuñada y su novio comieron al *hybodus* para después, en un lapso de entre quince a veinte minutos, sufrir fiebre, dolores musculares, hinchazón de la garganta y delirios. No podían sostenerse por el dolor estomacal y en sus ojos vi un color amarillo que me recordó al botulismo. Inmediatamente dejé todo lo que estaba haciendo y saqué mi botiquín de primeros auxilios para tratar sus síntomas y después de entender que me enfrentaba a un cuadro médico inédito, me llevé a ellos dos al presente directo al hospital.

Cuando regresé a mi cuñada y su novio a la actualidad, y después de analizar su sangre, sus niveles de glucosa y todo lo que un médico debe de hacer, descubrí que ellos dos se habían enfermado por el *Hybodus*,

pues el tiburón estaba intoxicado por microorganismos similares a los de la marea roja. Ellos se recuperaron al cabo de unas semanas y terminé prohibiéndoles volver a pescar en el Pérmico. Supe más después, al atender a pacientes que también viajaron y comieron alimentos de ese mismo momento temporal, que esta intoxicación era una consecuencia directa de los innumerables cambios climáticos que afectaron al mar del Pérmico. Las placas tectónicas se estaban fusionando en lo que sería el supercontinente de Pangea y eso aumentó la actividad volcánica en todo el planeta, liberando una cantidad descomunal de metano en la atmósfera, lo cual envenenó los océanos con sustancias nocivas que los pobres animales marinos acumulaban en sus tejidos hasta que sus cuerpos ya no podían resistir y morían intoxicados. Lo mismo ocurrió hace muchos siglos, antes del descubrimiento de la transtemporalidad, con los atunes y otros peces de la Tierra, contaminados por mercurio derivado de la actividad industrial. Aún queda fresca en mi memoria, en las clases de historia de la preparatoria, cuando mis profesores nos relataban las crisis alimentarias sufridas en el siglo XXI. Los peces y otras criaturas marinas se volvieron letales para el ser humano.

\*\*\*

Y ahora veía a mi paciente, pensaba en su ensalada. Por mi cabeza todas las imágenes de los viajes a los que fui rondaban, me acosaban, pero ninguna encajaba. Lo extraño, para mí, es que el tiempo al que mi paciente fue, el periodo Paleógeno, no fue una Era de cambios climáticos dominados por el asedio de una atmósfera altamente contaminada u organismos venenosos o cataclismos apocalípticos. Era, por el contrario, un momento en la historia más cercano al presente y moderadamente tranquilo en comparación con otros tiempos. Los continentes tenían una configuración más o menos similar a la actual, ya no existían superpredadores como los dinosaurios

y las condiciones de la atmósfera eran más que agradables.

Pensé y pensé, rebanándome los sesos, tratando de dilucidar cómo podía tener síntomas tan atípicos al comer una simple ensalada de tomates.

–Doctor, ¿en qué está pensando? –dijo la voz de mi paciente, interrumpiéndome.

Me despejé de mis remembranzas para poner atención a lo que debía atender. Yo había estado pensando, sumido en mis recuerdos, y había ignorado mi consulta otra vez. El hombre mantenía aún su nerviosismo. Empezó a hablarme nuevamente de sus miedos de que esto fuera una enfermedad nueva, desconocida. Debo admitirlo, su imaginación logró hacerme preocuparme. Sobre todo porque apelaba a mi propia preocupación.

–Dice usted que no es un virus, ni una bacteria, ni un hongo, ningún parásito, tampoco es una sustancia tóxica ni nada de lo que normalmente se ve en hospitales – reflexionó él, mirando su certificado de vacunas, como tratando de encontrar en la lista de todos esos nombres de fármacos alguna respuesta para su enfermedad. Su voz era temblorosa, parecía que quería llorar–. Estoy empezando a pensar en que quizás se trate de algo nuevo. Algo que no es ni un virus ni tampoco una bacteria, algo que la ciencia aún no ha descubierto.

–¿Algo nuevo? –le pregunté, atónito ante sus palabras.

–Sí, algo nuevo. Los médicos como usted estudian enfermedades típicas del pasado, pero la ciencia podría estar ignorando la existencia de otras cosas...

¿Otras cosas? ¿Qué 'otras cosas' podría estar ignorando? Mi paciente vino por haber comido una ensalada de tomate. Debo pensar en eso. En los tomates, en lo que se usa para comer tomates. En todo lo que pueda relacionarse con los tomates.

–¿Podría decirme si el plato en donde comió tenía plomo? –le pregunté, después de despejarme del largo trance en que estuve repasando mis casos médicos y experiencias personales con el turismo temporal y sus riesgos gastronómicos. El paciente me miró extrañado.

–¿Quién usaría plomo para comer? –inquirió, confundido.

–En algún tiempo, después de la conquista española, los europeos eran propensos a intoxicarse al comer tomates, porque los platos en los que los servían tenían plomo; los tomates, al ser una fruta ácida, desprendían partículas de plomo que los comensales ingerían y los mataba. Durante muchos años los europeos pensaron que esas frutas eran venenosas –le dije al paciente, quien me miró extrañado. Yo no me había dado cuenta, hasta instantes después, de que empezaba otra vez yo a recaer en el ir y venir de datos que no venían al caso.

–Comí sobre platos de porcelana –me contestó el paciente, después de aquella breve reseña histórica sobre los tomates y los europeos del siglo XVI.

–La porcelana es inocua... –murmuré, aún más intrigado por el caso–. A no ser que se trate de un tomate tan ácido que sea capaz de dañar la porcelana. Entonces, en ese caso, usted tendría fragmentos de cerámica en su cuerpo. Pero, eso no puede ser posible. Para alterar a la porcelana de esa forma se requiere una acidez que el cuerpo humano simplemente no soportaría y que ninguna fruta podría producir. Simplemente es imposible.

Mi paciente me miraba extrañado, mientras yo reflexionaba en voz alta sobre la unicidad de la porcelana y la acidez con la que tendría que dañarla.

Nunca me había enfrentado a algo así en toda mi carrera. ¿Acaso se trataba de una nueva especie de tomate altamente tóxica, traficada ilegalmente por el río del tiempo de la Tierra? ¿Se trataba de un hipocondríaco? ¿El paciente tenía razón y estaba frente al primer caso de una enfermedad cuyo origen era completamente desconocido e incomprensible para la ciencia moderna?

No, no podía serlo. El secuenciador metagenómico no mostró rastros ni de virus, ni de bacterias ni de productos metabólicos típicos de un envenenamiento por acumulación de metales pesados o microorganismos tóxicos o cualquier 'otra cosa'.

Al cabo de un tiempo sentí como si algo dentro de mí brillara y me dominara.

–Ya veo cual es el problema –le dije a mi paciente, emocionado.

–¿Problema? –contestó él, perplejo.

–Sí, problema. ¿Dígame, el tomate de la ensalada que comió era genéticamente modificado o nativo del tiempo prehistórico?

–Nativo.

–Necesito saber además, si usted ha presentado los mismos síntomas con tomates actuales.

–No, únicamente con la ensalada que hice hace cincuenta y cuatro millones de años. A mí me encantan los tomates, quería probar cómo sabían en aquella época

–¡Eso es! ¡Es muy simple! –exclamé, eufórico.

–¿Disculpe?

–Tendré que solicitar que me traigan tomates de ese tiempo para corroborar mi hipótesis.

–Pero... pero... ¿qué está diciendo? ¿Traer los mismos tomates que me enfermaron? ¿Y si tienen un virus, una bacteria o un hongo? ¿Y si lo ponen en cuarentena?

–Nada de eso pasará. Espere aquí un momento –le dije, antes de salir de mi consultorio e ir directamente hacia el departamento de asuntos médicos transtemporales, en donde era habitual en estas situaciones, pedir al hospital hacer uso del transtemporalizador para viajar en el tiempo y tomar muestras de lo que había afectado a los pacientes.

Coloqué los parámetros de la época y la localización en el aparato y me preparé para abandonar el presente. En cuestión de segundos, me encontraba en un prado similar a una sabana, en donde había plantas que nunca había visto. Se erguían ante mí algo similar a pastos que evidentemente debió de ser un antecesor de los pastos modernos. También vi a lo lejos algunos árboles raquíticos entre la alta melena de los pastos resecos. Caminé un largo rato entre las hierbas hasta que me encontré una pequeña planta parecida a una enredadera en cuyas ramas había unas bolas rojas brillantes.

–Este debe ser el tomate –dije.

Me acerqué con cuidado, con guantes puestos, y tomé varios de los frutos y los coloqué dentro de una bolsa de plástico hermética. Eran pequeños, mucho más que los tomates modernos, apenas del tamaño de una canica y la planta era bastante modesta en comparación con las del presente. Los milagros de la agricultura y la selección artificial.

Al regresar al presente, en el hospital, fui a mi consultorio.

–¿Tan rápido vino? Apenas pasaron diez segundos desde que se fue –me dijo el paciente, sentado en la silla.

–Es la ilusión del tiempo –le dije, mientras sostenía la bolsa con los tomates rojos y se los mostraba.

–¿Qué hará con eso? –me preguntó.

–Tendrá que comerse uno –le dije.

–¿Qué? –exclamó el paciente, con la voz quebrada– ¿Por qué quiere que me coma esa cosa? ¿Está usted loco?

–Me parece que no hay otra opción –contesté.

–No entiendo... no sé si iré mejor con otro médico...

–No hay mejor médico en estos asuntos que yo –aseveré impaciente–. Mis métodos nunca fallan y creo que esto terminará por confirmar mis sospechas.

–¿Y cuáles son sus sospechas? –cuestionó tímidamente el paciente.

–¡Cómase este tomate! ¿Quiere curarse o no? –lo interrumpí, acercándole uno de los frutos rojos.

El paciente me miró nervioso, tomó el fruto, lo sostuvo entre sus manos y tras unos segundos de vacilación lo comió.

Después hice lo que no había hecho y que de haberlo realizado desde el inicio quizás me hubiera ahorrado muchas preocupaciones, que fue conducirlo hacia una pantalla radiográfica tridimensional en donde se veían todos sus órganos internos con ínfimo detalle. Acerqué el zoom del aparato hacia el estómago, después a los

intestinos y finalmente hacia las vellosidades hasta poder ver su tejido a nivel celular.

–Este es el tomate que está ingiriendo – le dije al paciente.

Se escucharon algunos ruidos en el intestino y luego salieron unos gases. Olían horrible, como a huevo podrido.

–Otra vez, estoy sintiendo lo mismo... – dijo el paciente, dolorido al haber comido el tomate.

Cambié los filtros del aparato, para ver en diferentes longitudes de onda los componentes del tomate a través del tubo digestivo. A veces podía ver sobre los pedazos de la fruta moteado de destellos fluorescentes, los cuales como es de esperar correspondían a ciertas proteínas que dependiendo del filtro se veían en color azul, otras en verde y también en amarillo. Lo mismo sucedía con los órganos del cuerpo, en ocasiones unos resaltaban más que otros al igual que las biomoléculas en su interior. Con ayuda de este aparato podía ver sus capas y también las interacciones de las moléculas dentro del cuerpo al ingerir alimentos.

Al momento de ingresar los trozos de tomates, vi cómo las enzimas intestinales, las cuales se veían como destellos verdes brillantes, trataban de degradar al fruto, pero este no lograba ser degradado ni disuelto ni nada. Pasaba sin más a través del intestino, provocando irritación y después una inflamación. Decidí cambiar el filtro, para ver a las bacterias simbióticas del colon; pero no encontré nada. Estaba todo destruido, sin flora intestinal.

Ahora lo tenía todo claro, más que nunca.

–Lo que usted tiene es incompatibilidad enzimático-metabólica –concluí triunfalmente.

–No entiendo –contestó el paciente, quien detrás de la pantalla seguía echando gases y quejándose de los dolores estomacales.

–Significa que usted es intolerante a los tomates prehistóricos –expliqué. Yo seguía observando el cementerio que eran esos intestinos, ausentes de toda alma bacteriana que lo custodiara y cuidara.

–¿Ah? –dijo él.

–Usted comió una especie de tomate ya extinta, cuya naturaleza bioquímica difiere mucho de las plantas actuales. Sus enzimas digestivas tuvieron dificultad para degradar los compuestos prehistóricos de la planta, lo que produjo un cuadro de indigestión que luego irritó gravemente la microbiota intestinal, matándola. Verá, los compuestos químicos también evolucionan. Unos lo hacen con mayor rapidez que otros durante el transcurso de millones de años. Una sutil diferencia en la estructura molecular puede provocar toda una reacción terrible por parte del cuerpo, que no reconoce las diferencias en las proteínas del tomate.

–Suen a lo que le ocurre a la gente intolerante a la lactosa.

–Algo similar. En ese caso, se debía a personas cuyos ancestros no se alimentaron de leche de vaca, un alimento totalmente ajeno a su dieta. Lo que hizo usted es muy peligroso. Pudo haber muerto. Sin embargo, aquí está, vivo.

–Entonces... ¿no es nada grave?

Miré al paciente con expresión pesada. Él resintió mi mirada. Le conté sobre mis vivencias vacacionales en el periodo Ediacárico, lo de mi cuñada y los tiburones del Pérmico tardío y otros casos terribles de muertes, envenenamientos y enfermedades producidas por interactuar con alimentos tan distantes en el tiempo.

–No subestime una intolerancia enzimático-metabólica. Su flora intestinal está muy dañada por ese tomate prehistórico. Lo que usted necesita es tomar probióticos para restaurar la salud de sus intestinos y volverá a sentirse bien.

–¿Probióticos? ¿En verdad? ¿Habla en serio? –dijo el paciente, incrédulo–. Acabo de llegar aquí, pensando que tenía una enfermedad terrible. Pensé que me iba a morir, ¿entiende? ¡Pensé que me iba a morir y que tras de mí provocaría un rastro de muerte, destrucción y desolación! Pandemias, enfermedades, una responsabilidad moral y ética inescrutable la cual mi conciencia no podría soportar y dudo que ningún ser humano pueda.

–Bueno, pues eso no ocurrirá jamás. Ya me escuchó. Necesita tomar probióticos – le dije, un poco intimidado por la desesperación con que había mencionado su letanía catastrofista.

–Probióticos... –susurró el paciente, como tratando de encontrarle sentido a esa palabra y encontrarle también un significado a todo lo que experimentó.

–No puede ser que un viaje en el tiempo termine así, tan simple. Habiendo tantas expediciones con peligros y amenazas terribles para la humanidad. No me creo que usted termine recomendando eso después de todo el susto –dijo.

Era evidente que el paciente estaba en una fase de negación y que esperaba que algo mucho más horrible y catastrófico sucediera. Quizás fuera algún efecto secundario de consumir tomates del Paleógeno temprano.

–Debería sentirse afortunado. Usted ha tenido demasiada suerte. Mucha, diría yo. No cualquiera vuelve del pasado enfermo y termina con un tratamiento tan amigable. Yo le aconsejaría que preparara su comida en su casa. Es lo que hago yo.

–Pero...

–Nada de peros. Ya sabe lo que tiene que hacer.

–Mire –dije al paciente, mirándolo con autoridad –Le doy varias opciones. Puede elegir entre tomar tepache, kombucha, cerveza de jengibre o yogurt. No voy a discutirlo más. Esto es evidencia científica, ¡es ciencia! Tendrá que tragársela pese a lo que usted piense ¿Entiende?

El paciente me miró cohibido, intimidado. Tardó varios minutos en volver en sí. Puedo entender que se llevó el susto de su vida. Pensó que moriría de una forma horrible, como muchos y causaría otras miles de muertes más.

Al fin se fue calmando y asimilando todos los hechos.

Finalmente, después de prohibir terminantemente volver a comer tomates prehistóricos, se mostró más contento al ver la receta que le escribí. Su expresión era la de un hombre esperanzado.

Nos despedimos y se retiró.

Nada que no pueda arreglar un yogurt.

# 00011011 ligue

Dabrowski, Christopher T.

Traducido por: Lucyna Ozimińska

Hoy es el día. Hoy se demostrará a sí mismo y a los demás que también sabe ligar con las chicas guapas. Saldrá de su cascarón y vencerá la timidez que le atormenta desde hace años. ¡Basta de empollar frente a la pantalla en solitario! Le han aburrido los ligues virtuales en Internet. Le ha irritado la consciencia de que los años pasan y él todavía no sabe cómo se lo hace.

Caminaba alegremente por la avenida principal de la ciudad. En su cabeza pulsaba sólo un pensamiento:

„¡Lo conseguiré! Tengo que conseguirlo” –como si quisiera quitarse el miedo subliminal, el temor de que independientemente de lo que hiciera, fracasaría.

Desde hace dieciséis años en el cuerpo raquíptico escondía al pesimista cruel, al que tenía que vencer. ¡Hoy es el día! Inspeccionaba la muchedumbre buscando una candidata adecuada. En un momento notó lejos una dama hermosa.

„– Sería chulo sincronizar el joystick con su ratón” –pensó.

Andando, la chica movía suavemente sus caderas rellenitas, redondeadas.

„– ¡Qué encapsulado!” –suspiró arrobado.

Escaneó rápidamente su imagen para analizarlo detalladamente. Bronceada, pelo rubio volador, pecho robusto, piernas largas torneadas, la cintura de avispa –el interfaz muy atractivo– un ideal andando.

¡Ahora o nunca! Sólo hay que encontrar la llave de acceso adecuada para entrar al sistema –pensaba desvariadamente. Quizás será el usuario único. Esperaba tímidamente que el server todavía no estuviera ocupado.

Sintió una ola caliente. Rubor –mal, o la tarjeta gráfica se ha estropeado, o el procesador está sobrecalentado. Tiene que mantener el control cuando el objeto está lejos, en caso contrario existe el riesgo de error crítico y será demasiado tarde.

Respiró profundamente, arrancó el filtro anti-estrés y se reinició muy rápido.

Hay que empezar la acción con gran velocidad. Ella se acercaba. Cuando confirmó que el sistema estaba estable, decidió explorar la base de datos en busca de las informaciones acerca del ligue con las chicas. Hace dos días leyó un libro fantástico sobre ese tema y copió muchas informaciones útiles a su disco duro. Exploraba la memoria –archivo tras archivo, carpeta tras carpeta. Mientras lo hacía, la desconocida guapa se acercó a la distancia de veinte metros.

„– ¿Quizás tengo estos datos en otra partición?” –pensó.

Le pareció que de esa tensión tan alta se le iban a quemar los conectores.

„– ¡Aquí está!” – ¡¡Lo ha encontrado!! – „Están... comprimidos. ¡Jodeeeeer!” – ¡Cómo pudo olvidar la decompresión! – „No lo conseguiré” –el pensamiento horroroso recorrió los circuitos lógicos.

Uff, lo consiguió. Ahora sólo le faltaba sincronizar las coordenadas, acercarse a ella y empezar la conversación. Ha elegido la contraseña adecuada.

Se puso recto, tenía que parecer seguro. Sólo faltaba regular la tarjeta de sonido, pues no quería soltar el falsete del chaval que tiene la mutación de voz. La voz tiene que ser baja y sensual. Le cruzó el camino a la chica.

–¡Hola! Quiero conocerte –ha dicho alegremente y presentó el teclado en la sonrisa abierta.

–Y yo no. ¡Lárgate!

Eso no lo esperaba. Si en el manual ponía que „la seguridad en ti mismo, buena postura y el tono de voz adecuado garantizan el éxito”. Se colgó –no sabía por completo qué hacer. ¡Eso debía terminar así! Le faltaba un link al consejo que seguir en aquella situación. Con cada segundo del silencio incómodo, que duraba la eternidad,

la oportunidad de que la chica afirmara que podían ser compatibles, disminuía. ¡Fracaso! Sentía que sus orejas se le quemaban de la vergüenza. Los ojos de la chica le miraban con el desprecio cada vez más grande. Fue como el ordenador atacado por el virus.

Se reía de él. Cada vez más alto, hasta las lágrimas. Él escapó. No aguantó la tensión. Nadie nunca le humilló así en su vida entera –casi se quemó por la vergüenza. ¡Bas-

ta con el ligue! Nunca va a conseguir éxito con las mujeres –tiene que aceptarlo por fin. Empezó el intento desesperado y metió la pata. ¡Basta! Volverá al mundo de los ordenadores, Internet, programas y juegos. Se esconderá más profundamente en el cascarón de inaccesibilidad y recorrerá las tierras inmensas donde gobierna el sistema cero-uno. Allí volverá a ser el rey poderoso e invencible.

# Situación sin salida

Dabrowski, Christopher T.

Su jefe lo amenazó con que, si se negaba, la policía se enteraría y pasaría el resto de su vida en la cárcel.

¿Para qué?

Por la inocencia. La evidencia sería planteada.

No termina ahí: su hija sería expulsada de la universidad, su esposa perdería su trabajo.

No podía negarse, tenía que volar a Pró-

xima.

Sabía que nunca volvería a ver a sus seres queridos. Y no podían perdonarle esta decisión.

Si tan solo supieran...

Se preguntó por qué lo habían tratado con tanta crueldad.

No recordaba que intimidaba a su jefe cuando estaban en la escuela.



# Fase continua

Giménez, Maximiliano E.

## I

Por un instante pudo verlo todo claramente: el mar verde e inmenso allá abajo, la sombra de los malditos retorciéndose de rabia bajo la superficie transparente, la brecha radiante y cegadora del puro sol de Cygni que refulgía en su cuerpo como un diamante, la súbita descompresión que la llenaba de burbujas y ya alejándose, el rugoso rubor de la nube que rodaba sobre el mar como una montaña inflorescente. Luego penetró en el nimbo y yació exhausta. Huía desde que los desgraciados del Ágape Furibundo habían perforado la cortina de burbujas que guardaba las fronteras del Rayo de Plata, segura de que iban a matarla. Clara pertenecía al Club del Dub, un clan que llevaba varias estaciones sembrando algas venenosas en el perímetro del fecundo valle submarino, y que hasta el momento había repelido con éxito las incursiones de los diversos grupos vecinos. Las medusas aladas formaban un pueblo numeroso y beligerante, cuyas parcialidades no dudaban en atacarse fieramente por el control de los recursos. Pero Clara estaba encinta.

Había visto la nube acercarse como cada mañana a beber el rocío que emanaba de la superficie del mar. Nunca una medusa alada había cruzado la frontera que separaba ambos mundos: uno líquido y profundo, barrido por los haces oblicuos de la estrella madre; el otro erguido y vaporoso, como un árbol de sueños que arrollaba su arrullo rumoroso tornando su tinte a la medida del día. Clara había saltado brevemente, jocunda, al refucilo diáfano de la mañana marina, y había volado sobre la espuma fluorescente de las olas en las noches estivales, pero jamás se le había ocurrido traspasarse hacia esa otra dimensión distante y desconocida. Y con todo, la gorda flor de la nube había gravitado sobre el valle submarino siguiendo el sendero del viento, y a su sombra Clara había ido perdiendo la distancia que la separaba de sus perseguidores y el resuello

de hembra preñada. El salto fue fruto de la desesperación. El beso de la nube sobre el mar era fugaz, ni siquiera un contacto verdadero: la nube pasaba revolviéndose, revolcándose en el aire en su continuo desarrollo. Un instante después la nube ya había rodado hacia arriba: un instante más tarde Clara hubiera caído a plomo entre las fauces de los malditos...

Respiró. La consistencia de la nube era esponjosa y se movía continuamente, como el agua sobre las romas piedras de un río. A su alrededor una inmensa cámara translúcida se abría como la nave de una suave catedral, poblada de corpúsculos y esporas que derivaban quedamente formando remolinos rutilantes. Con delicadeza acarició su cuerpo distendido por la menor presión dentro de la nube. Sabía que no sobreviviría al cambio de hábitat, pero sus vástagos sí. Clara descendía de un largo linaje de humanos estándar, diseñados para adaptarse a los diversos ambientes planetarios de la colonización galáctica apelando a las distintas etapas del desarrollo evolutivo, y sus retoños no tardarían en hallar la forma más adecuada para prosperar en este nuevo medio. El borbollón de la nube bajo su flanco la acunaba, mientras la luz de 16 Cygni B se enderezaba a la sazón del ascenso y parecía llenar de antiguas joyas la murmurante seo que se henchía a su alrededor. Los sonidos en su seno eran ronroneantes, reverberantes, granulados: la epidermis camaleónica de Clara pulsaba al ritmo de su ulular, erizándose en danzantes filigranas cromáticas. De su sombrero se desprendió una capa diamantina y entonces su cuerpo comenzó a desintegrarse en miles de éfiras, que derivaron rutilando en la dorada contraluz. Luego, en un instante, extendieron sus alas y echaron a volar.

## II

Choclo Rojo era poeta, bandolero y en

ocasiones, amante. Entre los estratocúmulos que frecuentaban la garbosa costa del Rayo de Plata tenía fama de taimado y bromista, y le gustaba pensar que era su humor jovial lo que había sabido ganarle los húmedos favores de las damas de los mares. Pero la disputa con otros nimbos por la preferencia de DJ Vù, una dama del mar especialmente gorda y apetecible (sus pies en contacto con el lecho marino, bien amueblada con fumarolas negras y blancas... qué belleza, pensó Choclo Rojo) ya estaba tornando imposible su vida cotidiana. Los gozosos encuentros de jornada completa habían ido reduciéndose a efímeras mañanas conforme la llegada de los meses lluviosos reducía la disponibilidad de luz solar, y el otrora musculoso cúmulo veía adelgazar su sombra proyectada sobre las verdes aguas irisadas.

Por encima de las monedas que la luz de Cygni hacía bailar sobre el agua, divisó a un rival: un imprudente castellatus dorado, de tamaño mediano, que al parecer pretendía abreviar de DJ Vù en las narices mismas de Choclo Rojo. Hinchando los carrillos, el bandolero enfiló entre nubes de vapor rumbo al intruso, mientras el nimbo se cargaba de un fuerte campo eléctrico. Como la mayoría de los cúmulos, Choclo Rojo vivía dividido entre su naturaleza etérea de crecer hacia arriba para alimentarse de la radiación cósmica, y su apetito pedestre de sólo reposar planchado sobre la superficie de las aguas, bebiendo los ricos vapores marinos en una indolente ósmosis ininterrumpida. Ninguna de las dos alternativas era completamente posible; lo que bien merecía un poema, pensó mientras atacaba.

*En la tormenta  
las nubes corretean  
para atraparse.*

Efectivamente, pensó, desde el punto de vista formal un *haiku* se divide en dos partes: una da la condición general y la ubicación del poema; la otra, relampagueante, debe contener un elemento activo. Disparó dos rayos hacia el castellatus antes de gritar:

— ¡Atrás, bellaco! Cómo te atreves a cruzar mi jardín y pisar las petunias...

El castellatus no se amilanó. Avanzando a toda marcha descargó una andanada de rayos que chamuscaron una esquina de los jardines colgantes, sobre la parte superior del cúmulo. Pero la fuerza de Choclo Rojo era muy superior: aplanando su torreta como un yunque, soltó un rayo tan virulento que hizo retumbar todo el estuario, provocando un calambre electrostático al dorado nimbo y enviándolo a pique sobre las móviles dunas, a lamer sus heridas o ser pasto de las fieras.

— ¡Vaya mequetrefe! —resopló. A tipos como éste le faltaban muchos vientos para vencer al buen Choclo Rojo...

Para celebrar su victoria, emitió una borrascosa miríada de relámpagos, en todas direcciones, como un árbol erizado de raíces. Algunos cúmulos cercanos saludaron la efusión con más relámpagos, llenando el cielo claro de luces zigzagueantes.

Choclo Rojo se propulsó hacia arriba en el atardecer. Había vencido una vez más, pero conforme el ciclo de las cosas, no tardaría en toparse con un nuevo advenedizo, en esta ocasión más fuerte o astuto. Era extraño que la humanidad pudiera cambiar hasta tal punto su aspecto exterior que resultara irreconocible a los terrestres, pero su naturaleza básica siguiera siendo la misma. La lucha por la supremacía, que la filosofía materialista había reconocido como dinámica fundamental de la subjetividad, continuaba ejerciendo sus efectos a través de los años-luz, aunque la forma que cobraban los actores fuese tan diferente.

En realidad, se justificó Choclo Rojo, la defensa del territorio constituía un propósito primario de todo ser vivo, desde los primitivos artrópodos hasta los grandes mamíferos extintos de la vieja Tierra. Pero la victoria le sabía amarga. Esa manera de vivir le resultaba absurda, como si el programa de colonización galáctica hubiera exportado de la riqueza terrestre sólo los productos más rudimentarios. Aquí estamos, se dijo, matándonos a tiros por un pedazo de tierra o una bocanada de aire. ¿Y de la poesía?

Ajustando el diferencial de gases en sus estructuras internas, Choclo Rojo ascendió

aun más, casi al nivel de las nubes noctiluculentas. Debajo suyo transcurría la pulpa de la noche temprana, el pavimento de vida que teselaba la superficie de 16 Cygni B c y bullía, literalmente, a su alrededor. Los humanos estándar habían ocupado todo el planeta, las cuencas de roca volcánica abiertas al espacio y los laberintos subterráneos de caliza, fructificando en abigarrados bosques de pólipos y lánguidos cigarros flotantes que echaban amarras en torno a las fumarolas y los campos flegreos. Ahora se daban caza para sobrevivir, y la poesía era el único lujo que conocía su alma. Choclo Rojo miró hacia el horizonte cercano y tinto, caviloso.

Y después estaba el asunto de la medusa. A pesar de su tamaño minúsculo, Choclo Rojo había sentido la aproximación del raudo cuerpo ahusado, el atravesamiento de la membrana y la ulterior liberación de la progenie alada que recorría ya, con premura, las vastas cámaras nebulares revestidas de glóbulos de néctar. La porción superior de las nubes consistía en campos de cloroplastos fotosintéticos, cuya superficie permitía ampliar durante el día el aire caliente del océano, al expandir las cámaras internas de las enormes criaturas. Al anochecer, las nubes se libraban de los detritos de los organismos que las habitaban y ascendían a gran altura para solaz de los complacidos mares, que veían llover maná como un polvo impalpable sobre las olas oscuras. Pero el ingreso de criaturas submarinas en el cuerpo de las nubes era del todo inusual.

Tal vez, se dijo, los retoños compitieran por el alimento y le permitieran sacarse de encima la molesta plaga de salpas que había invadido sus conductos de dispersión. El éxito adaptativo que los humanos estándar habían consumado era un combate interminable, una lucha de transformación donde triunfaba el más flexible.

Abajo vio pasar una nube lechera, su oronda pella colmada de espesa jalea cloroplástica. Choclo Rojo se relamió. Custodiada por un par de oscuros cirros oblongos, era la fuente justa de compuestos que el cúmulo necesitaba para restaurar sus menguadas terrazas solares, y buscar ma-

res más claros y menos concurridos. A la distancia los últimos rayos de sol daban al verde gel una orla de líquida luz.

Choclo Rojo hizo sonar sus relámpagos y se dejó caer sobre la nube, provocando la rápida respuesta de los cirros. Choclo Rojo disparó, pero los tipos eran rápidos y escupieron una andanada de corrientes de chorro. Choclo Rojo aplastó la cabeza para cargar un disparo de calambre, pero en un momento la enorme masa de un supercúmulo asomó por detrás de la nube lechera, dispuesta a llevarse de un sorbo la valiosa carga esmeralda. Choclo Rojo reculó un instante. El supercúmulo disparó una descarga atronadora, pero no antes que Choclo Rojo soltara a su vez las centellas que cruzaron el cielo. Anochecía. Y entonces el mundo empezó a temblar.

### III

— ¡Bueno! —reclamó alguien a su derecha.

La racha de intensa actividad interna le estaba produciendo dolorosas punzadas a Atlas Delta III-35, que en vez de cimbrar suavemente en la muchedumbre había dado un sacudón espasmódico. Desde la explosión demográfica estimulada por el aumento del vulcanismo, la extrema superpoblación que aquejaba a los cilios celestes había conducido a una despiadada forma de despotismo social basada en la disponibilidad de espacio físico. En las barriadas populosas, los cilios se veían obligados a crecer hacia arriba como finísimas espadas tornasoladas: altas lanzas transparentes, ligeramente neblinosas, apoyadas apenas en un pie atmosférico que podía desprenderse de la superficie y dispersarlas en el espacio como pelusa de un bulano galáctico. Desde la ostraca no hemos dado un gran paso, reflexionó Delta III: la mineralización anóxica en el espacio interplanetario era una muerte civil tan segura como el exilio en las tierras baldías de la antigüedad clásica. Pero los cólicos eran insoportables.

La batalla eléctrica que se libraba en su interior hacia imposible que Delta III resistiera erguido un instante más. Comenzó a retorcerse.

— ¡Tranquilo, amigo! —se alzó la voz del cilio de al lado. Otros murmullos airados comenzaron a elevarse en torno.

— ¡Controle sus movimientos, colega! ¡Vamos a terminar todos expulsados!

Un coro de insultos siguió a estas palabras. El espacio disponible era tan exiguo que resultar desligado, por presión colectiva, del sifón de pie a través del que respiraban los esbeltos aerostatos, era el castigo más sustantivo que podía serle deparado a alguien, y el más esperado por el resto de la población.

—Lo siento —dijo Delta III—. Estos retortijones me están matando.

— ¿Mala digestión, Delta? —comentó otra voz a su lado—. Deberías armonizar tu equilibrio peristáltico.

—Lo sé, Theta. Sólo que es tan... difícil, con tanta gente alrededor, me siento... no sé, como apretado, retenido.

— ¿A quién te refieres exactamente, compadre? —preguntó una voz más allá.

—Bueno —comenzó Delta—. No es nada personal, pero...

— ¡Claro que es personal, camarada! —replicó otra voz a su derecha—. No estás dirigiéndote a quién sabe qué burocracia anónima. Aquí todos somos tus vecinos.

— ¡Vamos, amigos! —se excusó Delta—. Todos sabemos a qué me refiero. Aquí no hay lugar ni para pensar.

Un murmullo de desaprobación recorrió la multitud. Un nuevo ramalazo de dolor sacudió a Delta con un espasmo que lo obligó a torcerse hacia un costado, empujando involuntariamente a la apretada fronda de salchichas que lo circundaba.

— ¡Por lo que más quiera, vecino, deje de sacudirse! —exclamó una voz irritada—. ¡Todos estamos haciendo un gran esfuerzo!

16 Cygni B c era un planeta pequeño pero geológicamente activo, que iba perdiendo en el espacio su atmósfera a medida que la producía. Sirviéndose de una estructura evolutiva básica, los humanos arribados en sus velas estelares adoptaron la forma de

resistentes vesículas subterráneas, que metabolizaban los gases surgidos de las profundidades en flujo incandescente. Pronto las vesículas comenzaron a brotar de entre las grietas de la roca como delgados pólipos que se proyectaban hacia el espacio, buscando aprovechar los lugares disponibles, formando elegantes columnas que se mecían débilmente, ancladas a las planicies, como campos de implorantes zepelines amarrados por el morro.

Los altos pilares bebían metano y nitrógeno a través de conductos incrustados en la roca, pero en el extremo que daba al sol no tardaron en instalarse nuevas generaciones de organismos, primero fotosintéticos, y más tarde heterótrofos complejos que conformaban dinámicos ecosistemas. A la larga la roca desnuda que formaba Cygni se vio cubierta en su totalidad por prodigiosas bolsas humanas que contenían en su interior diferentes mezclas de líquidos y gases, remedando la forma de los mares y las nubes, del suelo mismo y el espacio circundante: inmensos organismos coloniales que se alimentaban de la radiación solar y espacial, de las rocas del lecho marino y de la energía geotérmica y mareomotriz.

El movimiento que convenía al mar de espigas atmosféricas que tapizaban la superficie de Cygni era una oscilación casi imperceptible en la dirección de la rotación planetaria, una exhalación de Coriolis que imprimía al intercambio de gases entre las diferentes columnas un sentido previsible y recurrente. Las suaves ondulaciones equinocciales daban a cada uno un respiro dentro de la prieta muchedumbre, un intervalo sabático que distribuía en dosis infinitesimales un lugar vacío puramente imaginario. Pero ahora las olas del movimiento que irradiaba Delta se extendían en todas direcciones, como el retumbar del trueno que nacía en sus entrañas. La foresta entera de obeliscos se agitaba, presa de la trémula cadencia que recorría las hileras a medida que intentaban hacerse sitio en el abigarrado paisaje sublunar.

— ¡Basta, idiota, estás provocando olas!

—Lo lamento, amigos— alcanzó a musitar Delta—. No puedo evitarlo—. Un nuevo

espasmo lo sacudió, propagándose a través de las columnas como un temblor. Súbitamente, otro punto situado a cierta distancia respondió, un impulso de similar intensidad. Otro punto más allá emitió una onda; un vecino de Delta se removió, causando nuevos empujones. Alguien atinó a vociferar:

— ¡Sáquenlo de aquí, mándenlo al espacio! —pero ya era tarde, el movimiento se difundía por toda la masa: diríase un baile, una gigante jiga que arremolinaba las delgadas torres en un arrebatador pogo universal. Un creciente coro de graves voces escaló proveniente del oriente, como un viento o las trompetas cruzando el mar; una nueva ola barrió a la multitud inmensa, agitando como hierba las densas alfombras de diáfanos humanos.

—Lo lamento, amigos— repitió Delta, pero mentía. Se sentía vivo como nunca, en ese movimiento que un instante le daba todo el espacio para respirar hondo, para abrirse al mundo, y al siguiente lo estrellaba contra las apretadas filas de sus semejantes, colmado y sudoroso. Otra ola pasó, y otra aun: la marea azulina se propagaba en torno al mundo, inundando de nuevo ritmo el cielo palpitante. La alegría que cruzaba el firmamento era palpable; era un contagio, una epidemia global de baile. Gozoso, Delta III sacudió su cintura.

#### IV

Ivi sintió un cosquilleo como el de una peregrinación de ciempiés: la sensación la sorprendió, aunque de algún modo era la conclusión lógica de todo el asunto. Ivi formaba un toroide electromagnético de un millón de kilómetros en torno a Cygni B c, constituido por partículas y plasmas cuyos procesos de conexión recordaban vagamente un computador cuántico, y a veces se sentía terriblemente sola. Con gracioso ademán soltó un puñado de salchichones al espacio: le gustaba llamarlos así, aunque no era una denominación adecuada, tanto como le divertía pensar en sí misma como Ibídam Quídam, significara eso lo que significase. Ivi se servía de los cuerpos ahusados

a modo de cipselas, aguardando habitualmente a que estuvieran maduros y lanzándolos al espacio interplanetario, donde su cubierta exterior se mineralizaba para emprender el largo viaje hacia la nada. Para Ivi esta tarea era esencial: manteniendo la superficie del planeta bien cortada y libre de ronchas, esparcía al mismo tiempo sus propágulos, con la obstinada esperanza de ser madre. Por supuesto, Ivi era madre de muchas maneras. Constituía el nivel más alto de integración planetaria, rodeando el orbe como un caracol magnético, y sus órganos eran los mares, los bosques, las atmósferas que revestían la joven piel del mundo, instilándose en la corteza nutritiva, alimentándose de las mareas celestes. Todas las criaturas medraban en su seno, desde las aguerridas medusas aladas hasta los delicados cetáceos aéreos, a todos los cuidaba y protegía, pero madre, lo que se dice madre, era para Ivi más que eso. Ese desprenderse de su pelo le sabía a poco, ese contentarse con ser continente. Heredero del coloi-de primordial lanzado desde la Tierra, cada organismo en Cygni era la fase dispersa de un organismo de mayor nivel que constituía su fase continua, como una serie de inquietantes cajas chinas.

Aunque esto de los ciempiés era nuevo. Los salchichones nunca se habían comportado así. Para colmo algunos se negaban a partir hacia el espacio y pretendían retornar a la fuente, estirando sus delgadas trompas hacia los puntos de anclaje ya ocupados por sus congéneres, que oscilaban y flameaban exaltados. El movimiento era espástico, desordenado. Y sin embargo...

Ivi llevaba un tiempo sin cuenta en torno a Cygni, pero en su fuero interno a esa cuenta la quería regresiva. Había atisbado en el espacio varias veces y sí, ahí estaban, los destellos de otros mundos en el cosmos, navegando en la fritura radiactiva de sus canciones y cuentos. Movié los cilios primero al norte, después al sur. Su fase continua era la radiación estelar, su fase dispersa las partículas ionizadas, su membrana tan tenue como las motas de polvo. Lo vivo en Cygni era eso: aerosol en una lata. O una

crisálida, se dijo, batiendo los cilios con vigor.

— ¡Soy el primer planeta que echa a an-

dar! —exclamó, propulsándose en la noche.



# Crepúsculo mecánico

Berumen

“Lo importante no es mantenerse vivo  
sino mantenerse humano”  
George Orwell

## BIONIC PUSSY

“...Me agüita correrte así, chula, pero ya sabes cómo es este *show*. Con tanta chingadera que llega del otro lado la raza nomás se pone más maniacona. Ya no le gustan las viejas como tú, jamonsonas, ¡normalitas, pues! Ahora quieren que la chocha les vibre o que el culo les haga masaje. ¡Agarra la onda, mamita! Si por mí fuera te pusiera a servir chelas. Nomás qu’esa chamba es de los *arturitus*, y ni modo que se las quite si pa’ eso los compré, ¿vedá? Te juro por la virgencita de Guadalupe que si me sale jale pensaré en ti, mamita. Ahora vete por unos chicles a Toluca que tengo que atender a estos japoneses que vienen desde San Diego. Me urge darle un levantón al *bisnes*”.

Cinco mil unis. Me da cinco mil perras unis y cierra la puerta así nomás. Siento que’l portazo me embarra mis casi cuarenta años, las largas estrías en mi panza, todas esas imperfecciones que empeoraron sin darme cuenta mientras cogía con desconocidos y la tecnología se estaba tomando su tiempo pa’ mandarme a volar. Saco mis pocos tiliches del casillero jediondo a perro sucio (apenas unas grapas de perico con las que amacizaba el jale) y me apuro a salir de ahí sin otra sensación que un hueco en las tripas. Atravieso el salón lleno de luces que van de aquí pa’ allá como rayitos extraterrestres —clac, clac, clac, suenan los tacones—. El reggaetón sucio retumba en mis orejas; hace que las *biobitches* bailen como exorcizadas mientras les depositan una buena lana a sus cuentas memoriales. ¡Méndigas zapatillas de plataforma! Me voy a dar en la madre por su culpa. Qué necesidad de usar cosas que no van con uno.

La bola de cabrones jariosos a los pieses de la tarima, aplaude y chifla y se divierte con el montón de cosas que pueden

hacer las fulanas con sus prótesis. Las más nuevas, las que vienen de Tijuana, pueden cambiar el color de su greña como por arte de magia; pueden inflar y desinflarse las tetas al precio justo; crecerse un culo gordo pa’ que cualquier malandrín gatero tenga hartas ganas de agarrarlas a nalgadas. Estoy hasta la madre de verlas presionar los botoncitos de ese brazaletes en su muñeca. Mira nomás qué piel tan lisita se les hace a las cabronas. Qué van a andar queriendo este pellejo arrugado y prieto que huele a *rosa venus*. Salgo lo más rápido posible. —Clac, clac, clac, suenan los tacones—. Ya no me importa enchuecarme por culpa de las pinchis zapatillas. Todo este griterío es una risotada que me recuerda lo rápido que te puede chingar el tiempo.

Ajuera del putero las linternas flotantes de los polidrones hacen como que vigilan las calles de Nogales. Pasan como moscardones panteoneros, con sus torretas naranjas, haciendo un zumbido desesperante que parecen los pistones de un motor descompuesto. Méndigo ruidajo que hacen estas máquinas. Nomás le quitan a uno las ganas de caminar.

Levanto los ojos. Es mi imaginación, o cada vez está más grandote el muro fronterizo. Ya parece una hilera de cerros de cemento que nos separa de aquel mundo feliz. Esos pinchis gringos de verdad no quieren que nos arrimemos a sus suidades del futuro. Creen que se las vamos a echar a perder. Así que nomás las ve uno en fotos: limpiecitas, hechas de cristal, con carros voladores, parques, robotitos sirvientes, senáforos flotantes, y un montón de gente pipiris nais que no se la vive pensando si Dios proveerá mañana.

Me quito los tacones. La banqueta se siente calentita después de una calurosa tarde con olor a miados. Los juanetes en mis pieses punzan como un alocado corazón en su primera cita.

Cuando empiezo a caminar tropezando con botes vacíos de Tecate roja, colillas de cigarro sucios de labial barato, jeringas usadas salpicadas de sangre y un chingo de casquillos chamuscados por la balacera de ayer. Veo carros voladores que pasan chiflando; robots *tiradores* que van y vienen vendiendo de la buena. Hay edificios a los dos lados de la calle que parecen cajas de latón negras con pequeñitas ventanas amarillas como los dientes de un fumador. Afuera de éstos brillan letreros adiamantados que te fichan el segundo aborto; carteles con luces de neón que dibujan rayitos en los ojos medio dormidos; hologramas de viejas gigantes que se contonean encueradas sin que se les borre la sonrisa. Y pensar que todo esto eran changarros con gente madrugadora que se la llevaba gritando qué le damos, *güerita*. ¡Pásele, pásele!

Me asomo a los callejones como no queriendo la cosa. Las borracheras anónimas de pronto tienen cara. La peor calaña está metida en las cantinas más viciosas; jóvenes esqueléticos fuman piedras azules en una cuchara, esperando a que termine de mamársela un travestido pintarrajeado que debe la renta. Veo ojos que da pánico cruzarse, sombras que se mueven con la misma prisa que cualquier ala de murciélago. Un rastro de humo verdoso y enfermo flota como telaraña por las puertas abiertas de los bares, como un veneno vaporoso y extraño que se enrosca en los pulmones igual que culebras hambriadas. ¡Esa peste! Huele a bichola mal lavada. Huele al vómito fofo-reciente que erutan las *biobitches* cuando se inyectan medio gramo de esa pinche droga levanta muertas.

Sigo caminando por la suidá, viendo de vez en cuando el muro gigantesco que nos separa de aquel mundo feliz, del mundo futurista, hasta que llego a la clínica de un cirujano cliente mío.

La clínica te bajonea machín. Con las paredes oxidadas y los grafitis escurriéndose ni ganas le dan a uno de meterse. *Zium*. La puerta de cristal, embarrada con quién sabe qué, se desliza a duras penas. Ya en el recibidor, a mis pieses viene una pequeña caja que hace *bip bib bup* a punto de des-

baratarse, con ruedas de oruga cochambrosas y una antenita parabólica en la parte de arriba que brilla y se apaga cada tantos segundos. Me pregunta cuál es mi emergencia —su voz suena como oída a través de un ventilador a toda velocidad— y le digo que tengo una cita con el Doctor Stone. La cajita, sin hacer más averiguaciones, da la media vuelta sobre el piso sucio y me lleva a un consultorio que está al final de un angosto pasillo, con lámparas que parpadean como en una película de terror, y apretadas puertas con ventanas opacas por donde flotan sombras.

La cajita se detiene frente a una destaralada puerta metálica. Ni siquiera presta atención a mis gracias y se desliza por el pasillo como un cochecito a control remoto, chocando aquí y allá como si copiara mi falta de rumbo en esta vida.

“... ¡Jjole! Con cinco mil unis no te alcanza ni pa’l arranque, Negra. Estas intervenciones son carísimas, sin mencionar el huevo que cuestan las prótesis. La gran mayoría las contrabandean o son réplicas piratas que al final acaban fregándote el cuerpo. ¿Por qué quieres que te ponga una ahora? Según me dijiste no las querías ver ni en pintura. Siempre me tiraste al loco cuando te las ofrecí. Qué decías: que el futuro me la pela; que los hombres se aburrirán de esas madres; que no hay nada mejor que la carne guanga. Y ya ves, ¡pasó lo contrario! Creíste que ese chistecito iba a durar unos meses... Yo te puedo echar la mano pero no con cinco mil unis. Por lo menos necesito que juntes unas cuarenta. La prótesis puedo conseguirla al sordón con un camarada. Por supuesto no me la va a regalar. Consigue el dinero y te pongo tu vagina biónica”.

¡Cuarenta mil unis! Pinchi doctor carero corriente. De dónde chingados sacaré tanta feria. Ni aunque me eche a diez cabrones diarios podría juntarla en seis meses. ¿Y si fuera con lo que tengo a otra clínica piratona en Tijuana...? ¡Já! Pura madre salgo viva. O me roban los órganos o me tiran en la carretera pa’ que me desangre si algo sale mal. Mejor ni le busco. El Doctor Stone es el único cirujano especialista en la ponedera

de estas madres biónicas. Naiden en todo Nogales sabe tanto como él.

Luego de cachondearle el oído, el Doctor Stone acepta rebajarme tres bolas si se la jalo viéndolo a los ojos. Las otras veces tenía prohibido hacerlo porque se acordaba de la esposa. Ya ven. Hasta los méndigos fetiches cambian de un día pa' otro sin que uno se dé cuenta. Ahora quedan treinta y siete milanesas a precio de camaradas.

Salgo de su consultorio con el mismo hueco en las tripas que traía arrastrando desde el putero. En mi cabeza comienzo a hacer números y ninguno me alcanza pa' tener un futuro como puta. Me acuerdo cuando los trailereros eran jaladores. Con ellos llenaba mi cochinito de propinas en una semana. Pero desde que imantaron las calles y automatizaron los camiones me quedé sin ese dinerito. Pinchis máquinas culeras. Cómo chingan reemplazándonos a todos.

En el recibidor veo la cajita de fierro cargando su batería en un rincón. Parece un mini refrigerador con rayas azules; y hasta hace ese mismo zumbidito mientras está conectado al toma corriente.

Si no fuera por esa jodida cajita ahora estaría una recepcionista de carne y hueso atendiendo a los que llegaran; la oyera dándome las buenas noches y que tuviera cuidado con los cholos de La Mesa. De pronto siento unas ganas rabiosas de patear la cajita hasta reventarla; quiero ver cómo le saltan las tuercas, cómo le chorrea el aceite, cómo esa vocecita oída a través de un ventilador a toda velocidad se va apagando lentamente. Pero me miro los pieses descalzos. Primero me los desmadro antes que abollarla tantito. *Zium*. La puerta de cristal se abre a duras penas. El ruido espanta mi loquera como revienta máquinas. Entra un fulano con una rajada en el pecho. Está como, como desorientado. La sangre le chorrea sin parar por debajo de las costillas; cae sin control en el piso mugriento. Por sus tatuajes (en especial una virgencita tirando paro muy cerca del cuello) imagino que fue un pleito de pandillas. Tiene los pantalones Dickies rasgados y una camiseta más sucia que un trapo de *vieneviene*.

El fulano está por chocar conmigo; nues-

tros ojos se cruzan con lástima. Abro los brazos pa' sostenerlo y la cajita de fierro se prende y corre desde el rincón, metiéndose entre nosotros. Le pregunta cuál es su emergencia. Bajo la mirada, avergonzada, y me apuro a salir de la clínica. Todavía tengo las zapatillas de plataforma colgándome de los dedos; todavía tengo su cara muerta de miedo buscando otra cara que lo consuele. Maldita mierdecilla insensible. Un humano le hubiera puesto la mano en el hombro y le habría preguntado qué te duele.

La banqueta está enfriándose. Necesito olvidar la cajita de fierro, las unis, la prótesis. Al otro lado de la suidá hay unos edificios altotes con pequeñas ventanas encendidas. Recuerdo que desde niña me pregunté quién podría estar metido allí tanto tiempo, y con los años lo averigüé.

Una vez un funcionario me invitó a su oficina en la noche. Era una oficina muy elegante, de esas con pinturas carísimas y un enorme librero repleto de enciclopedias que nomás sirven de adorno. Ya entonados nos pusimos un loquerón de cuento y acabó dándome de perrito frente a la ventana. Su escritorio estaba lleno de papeles y más papeles con sellos del gobierno. No había un solo retrato encima que lo amarrara al mundo con las mamadas rutinarias que lo achican a uno: una familia, un perro, un marlín gigante pescado en Los Cabos. Ahora que lo pienso quizá yo soy demasiado sentimental. En mi cartera tengo la fotografía de mi madrecita y una estampa de San Simón con la que me persino cada vez que deshueso a un mañoso... ¡Oh, pues! Que no digan que por ser puta una no tiene su razoncito.

Cuando el funcionario se subió los pantalones y puso las unis en el escritorio, recuerdo que me quedé frente a la ventana, viendo la suidá, preguntándome con tristeza si mejor buscaba otro jale. Lo malo es que siempre fui muy burra. Y la mera verdad los trabajos billetudos se los quedan los cabrones. Qué tal ama de casa, pensé... ¡Já! Ni madres. Ya me veo metida en un cantón, madrugando pa" cocinar machaca con huevo seis veces a la semana, mientras regaño a cuanto chamaco se le ocurra tener a mi

viejo porque el muy pendejo diría que con el condón no se siente igual.

Entonces dejé de ver la suidá, me subí la tanga y me quedé con el puterío. Y cómo no. Es cosa fácil contentar a los hombres. No hay más ciencia que averiguar qué se las pone dura y de ahí ni quién te detenga. Tú nomás déjate tirar a la cama, deja que te babeen todo el cuerpo y tú dices ay, papi, sí, así, qué rico, no pares. Con eso los vuelves locos. Se te aprietan como gatos jariosos y te dan unos empujones acalorados en lo que tú miras el techo, aburrida de a madres hasta que sientes que te caminan unas arañas por dentro y el bato jadea como si hubiese hecho la mejor de sus chambas. Por lo menos así era antes. Desde que los chingados japoneses empezaron con sus mamadas, no tardaron en darle en la madre a un negocio íntimo, personal, donde cada liandrita le echaba ganas por hacerse de una famita según sus atributos.

No se me olvida cuando llegaban los plebes al putero. Se les caía la baba nomás de ver las carnes flojas, contoneándose al ritmo de un punchis, punchis que un DJ baratero compuso en la cochera de su mamá. En ese entonces yo era una puta joven. Me pavoneaba en un vestidito brillante hasta que le pescaba la macana a un despistado, y allí mismo se oía una explosión jugosa que los obligaba a apretar las piernas muertos de vergüenza. —¡Qué pasó, mi rey! A poco me vas a dejar con las ganas. Invítame un güisquito pa' que no digan mis amigas que no te la rifas—.

Nosotras éramos las hacedoras de hombres. No necesitábamos otra cosa que imaginación. Eran suficientes unos ojos pintarrajeados y una boca colorada pa' que te sentaran en el regazo y no pararan de prometerte que *esta noche te saco de chamber, mi reina, pa' que me hagas el lonche en la mañana...*

Pero todo se fue a la mierda desde que vinieron de Phoenix unos chicanos cagazones que luego luego se quejaron del servicio. Wáchala, homs, dijeron. Estas rucas nomás no le hacen al bisnes. Allá en los yunaited tenemos bitches acá que sí le invier-

ten a la imagen... ¡Pendejos! Y nosotras de burras esforzándonos. Jamás presentimos que pronto valdríamos madre.

Resulta, y esto me lo mitotearon en una pedanos empresarios que lo camareaban, que un gabacho dueño de bares en Nueva Yor viajó a Japón de vacaciones. Allí conoció a un ricachón que lo llevó a un putero pipiris nais donde quedó sorprendido con todo ese desmadre futurista.

Wacha, Negra, cómo estuvo la cosa. Le ofrecieron un baile gratis en cuanto atravesó la puerta —me dijeron que les contó—. Una japonesita vestida de gata, con orejas y todo, lo escaneó completito con un rayo láser que le salió del ojo derecho. Le agarró la mano —siguieron diciéndome medio borrachos— y se lo llevó a un cuartito iluminado de rojo con un sillón en medio —se mordieron los labios con aire picarón—. En cuanto sentó al verga, le señaló una caja negra al lado con una ranura vertical. Le pidió entonces que metiera la tarjeta de crédito —e hicieron como que deslizaban una—, cobrándose el servicio y una generosa propina, ¡a huevo! Ese crédito fue a parar a una cuenta memorial —sepa la chingada quién inventó esa madre—, con la forma de un pequeño botón rosa que parpadeaba detrás de su oreja. A simple vista —no paraban de reírse y pasarse la botella— creyó que se trataba de un arete. Pero dejó de importarle cuando la japonesita comenzó a restregarle el fundillo —abrió sus dos manos de manera lujuriosa— y para su sorpresa su aspecto físico cambió repentinamente—. Los cabrones le dieron duro al detalle sin habérselos pedido. Hasta me extrañó que utilizaran palabras largas de tan pedos que andaban—: De pronto la japonesita tenía los ojos violetas (su color favorito), unas chichis suaves y jugosas (a su medida), unos labios gruesos que se relamía con la lengua cada vez que hacía como que lo iba a besar. Al principio —ya empezaban a arrastrar las palabras— quiso levantarse, asustado. Pero la japonesita lo sedó luego, luego pasándole las yemas de sus dedos por el pecho, los brazos, las piernas. No podía moverse —se carcajearon—. Estaba paralizado el jijolachingada. ¡Cómo

dijo el gringo pendejo! *Ante su cuerpo ca-leidoscópico*—. Sus risotadas comenzaron a llamar la atención de otros clientes que voltearon a verlos enojados—. ¡Jamás sintió tanto placer el cabrón! —Se empinaron la botella muertos de risa—. Imagínate. La japonesita le leyó sus gustos con la escaneada. ¡Se vino tantas veces el verga que sus pantalones parecían haberse empapado de pegamento! —Las risas cesaron—. Por supuesto que vio futuro en esa tecnología. Ya sabes cómo son los gringos—. Me sacó de onda que le bajarán a su desmadre tan de repente; como si no se hubieran empinado media botella de tequila en menos de quince minutos—. Buscó al cirujano de aquellas maravillas y (*¡burp!*), y por una buena lana se lo trajo a los iunaites con permiso y todo—. Uno de ellos se levantó de un salto y comenzó a cantar el himno gabacho entre risas. El otro lo sentó de un jalón y lo obligó a callarse el hocico—. Obviamente la inversión valió la pena —dijo el otro después de haber callado a su amigo—. Pronto tuvo su propia tropa de *biobitches* con ojos galácticos, piel fosforescente, cabellos multicolores, dos pares de tetas, puchas vibratorias, culos masajeadores, pies que se transformaban en manos, bocas dentro de las bocas originales que giraban succulentas—. Sus ojos brillaron libidinosos mientras me manoseaba—. En pocos meses toda Nueva York quería coger con una de ellas —dijo—, y la *Bionic Fashion* se volvió un hit entre las mujeres ricachonas de Norteamérica. ¡Salud!

Claro que México no se quedó atrás. Varios cirujanos piratas montaron sus propias clínicas, dejando un reguero de mujeres muertas con las que practicaban, abandonadas a orillas de la carretera. Tijuana, Nogales, Juárez, Monclova, fueron los estercoleros que empezaron esta pesadilla. Los narcos, viendo que había buena feria en este desmadre, secuestraron inditas guatemaltecas y las obligaron a operarse a punta de pistola.

Pero no todas quedaban bien. Hace años me tocó conocer a la Cleo. La pobrecita venía de Chiapas. Unos malandrines la levantaron afuera de la escuela donde en-

señaba matemáticas y naiden supo ni dijo nada sobre su desaparición. Total que la llevaron a una clínica pirata en Acapulco y la operaron toditita. Chichis, culo, piernas, labios. Al principio era la más cotizada entre los políticos porque su cuerpo podía tomar la forma de una chamaca de once años con los pezoncitos tiernos —dicen que el mismísimo gober le agarró cariño en cuanto se enteró— hasta que una noche despertó ahogándose, con la mitad de la cara púrpura y los brazos y piernas enroscadas como resortes viejos. Resulta que las prótesis no habían recibido mantenimiento en meses. Uno nomás puede imaginar el desmadre que le pasó por dentro cuando tronaron. Después de eso ni los más urgidos volteaban a verla. Hacían como si la Virgen les hablara cuando la veían en su silla de ruedas paseando por la suidá. Tenía un ojo que le botaba como canica cada vez que estornudaba. Los pieses le quedaron igualitos a manubrios chuecos de bicicleta; y una chichi se le infló tanto que reventó y parecía un condón usado saliéndole del pecho.

Yo recuerdo que tenía una manguera metida en el fundillo que goteaba su mierdero en un envase metálico mal cerrado. Cualquiera podía oler la peste a kilómetros. Su jeta quedó más renegrada que una benjuna y apenas podía masticar unos minutos sin que se le trabara la mandíbula. Lo más asqueroso era verla llorar. Sus lágrimas parecían gruesos gusanos amarillos por culpa del aceite quemado circulándole por dentro. Ay, Chayito, chillaba. Ándale. Aliviáname con unas unis pa" ir al otro lado. Ya me dijeron de un doctor que puede arreglarme... Nunca le solté ni una. Ni por más forrada que anduviera. Y cuando quise hacerlo supe que los polidrones la habían reventado a balazos por robarse unas pastillas pa'l dolor. La gente que la vio explotar nomás recuerda los tornillos, los engranes, un líquido amarillo como engrudo casero; una pestilencia a huevos podridos y vísceras hinchadas.

Y como esas historias hay un chingo. Pero la frontera siguió llenándose de *biobitches* que no paraban de bailar en la tarima, porque les habían insertado un par de

piernas mecánicas con bocinas integradas que estaban programadas pa' darle y darle. Las esquinas más concurridas se empezaron a llenar de chamacas de catorce años con pieles que brillaban como si estuvieran hechas de brillantes. Los callejones estaban a reventar de muchachitos anoréxicos que cobraban cien unis por abrirte el culo robótico y apretarte la macana como si te tomaran la presión.

Los narcos, a diferencia de los japoneses, clavaban unos aparatos menos elegantes detrás de las orejas. Era una especie de chip cuadrado, bastante horroroso, pegado a la carne por medio de un soplete que dejaba espantosas cicatrices que apenas cubrían con maquillaje.

Antes de cualquier marranada, las biobitches te exigían un depósito a su cuenta memorial. Al final el dueño de la feria venía a ser un mafioso que se divertía jugando baraja en compañía de diputados y senadores recién electos. ¡Naiden es jefe de sí mismo en este siglo de mierda! Hasta de eso se habían adueñado los narcos en su camino al futuro.

Mis amigas pirujas no tuvieron más opción que adaptarse. Usaron sus ahorros de toda la vida y los cambiaron por vaginas con tres velocidades. Ponte las pilas, mana, me dijeron. Las morras del otro putero tienen unos pezones con los que sintonizan la radio. Vale más que me hagas caso. En unos años nadie querrá viejas que huelan a guardado.

Y ya ves. Naiden cree que el futuro vendrá a reventarle su burbuja a uno. Y cuando te pones a escuchar que un robot copió una famosa obra de arte dices bien enchilado: esa madre nunca va a llegar aquí. Pero sí llega. Y llega más rápido de lo que uno cree. Una noche no te caben los billetes en el brasier y la siguiente tú invitas los tragos pa' que el cliente no te deje sola... *Wacha, carnal, la onda que traen en el putero de al lado. Trajeron unas biobitches bien macizas que parecen muñecas de porcelana. Yo escuché que se la rifaron con unas prótesis bien perronas. A un compa le tocó una ruca que se le aplanaba la barriga picándole un botón. La neta que esas cabronas son otro pedo.*

*Me cae que aquí las jainitas están pudriéndose de viejas. O están muy guangas o muy reptiles...*

La mera verdad se siente regacho que los hombres que antes te apartaban como regalo de Navidad, ahora sólo fantasean con las pirujas biónicas de ojos gatunos, con las que brillan como luciérnagas en medio de un cuarto a oscuras, con las que se crecen colmillos de vampiresa presionando unos botoncitos en una pantalla de cristal en sus muñecas.

Yo digo que la culpa de mis desgracias la tienen los doctores por traerse todo ese desmadre a sus clínicas. Mira que hasta ofrecieron descuentos y promociones; y muchas de las fulanas más feas se alucinaron, haciéndose un chingo de cirugías con las prótesis más caras y populares del momento. Al final apenas podías reconocerlas. Estaban casi igualitas a esos maniqués encuerados que ponen en los aparadores del centro. Mecánicas, siempre perfectas, pero con un vacío en la cara que te hacía sentir miedo... *Mira esos cabellos relampagueantes, esos ojos exagerados, ese labial escandaloso. Se ven monstruosas, ridículamente monstruosas. Parecen muñecos ventrílocuos que hace tiempo perdieron la mano que los mueve. Mira lo mucho que abren la boca, el rímel chocante, el cuerpo aparatoso y picasisco...* Pobres muchachitas. Pasaban horas viéndose al espejo, arrepentidas, o algunas pensando en las próximas mejoras que se harían pa' verse más buenas, porque la noche de ayer algún pendejo les hizo el fuchi... *Ve nomás cuánto gana. Y uno aquí chingándole como burro cuando lo importante es verse bonito...*

Naiden sabe cuánto cuesta la belleza. Por más fregaderas que se haga uno siempre acaba queriendo más. La vanidá muerde gacho, palabra. Te hace sentir horrible; te recuerda la más mínima fealdad como castigo... *Cuarentona, cuarentona. Vales pa' puritita chingada. Lo único que tienes pa' chamber y ni eso cuidaste. Mira cómo te cuelga la pepa. Mira esas pinches chichis de chango. Aquí no hay más ley que la juventud eterna, m'ija. Llegaste tarde a la reparti-*

*ción del nuevo milenio. Qué vas a hacer ahora que dejaste de servir. Métete a una maquila a trabajar veintitrés horas y dormir una; vete a limpiar casas ajenas hasta que en una agachada no puedas enderezarte; sal a pedir limosna hasta que lleguen los polidrones y te revienten a balazos y la gente te ponga una cruz en la banqueta...*

A veces me pregunto por qué no le hice como las otras; por qué no me apuré a cambiar esas partes que ya empezaban a verse feas. Quizá porque no les tenía confianza, o porque hacerlo me haría sentir como un pinchi carro viejo en la deshuesadora, esperando pacientemente a que me desarmaran, quitándome una parte de mí que nunca imaginé que estuviera mal. Entonces ya no sería yo. Sería una chatarra aferrada a no pasar de moda. Por qué no hice caso al Doctor Stone cuando me aconsejó ponerme unas ventosas masajeadoras en la palma de las manos de pérdida. Con eso hubiera tenido pa' seguirle guerreando por la noche; le hubiese despellejado el ganso a los *dealers* que se estacionarían bajo las luces amarillas de las gasolineras abandonadas. Pero hasta esos culeros se dejarían apantallar por la nueva tecnología. Cada vez visitarían menos las despachadoras; se irían de largo hacia el centro, hacia los puteros brillantes con hologramas de vaqueras semidesnudas. Y yo, frente a la puerta de un baño público, fumándome medio cigarro, vería las luces de los carros voladores flotar por la autopista imantada como estrellas fugaces. Quién habría de detenerse en un rincón tan deprimente; quién quedaría que quisiera un subidón de adrenalina, metiéndose a escondidas en el baño, esnifar una raya de coca pa" entonarse, agarrar una chichi, una nalga tierna, coger apurado porque tendrías la prisa de que te cachén.

Con el tiempo fue difícil cubrir las cuotas del putero. Ni los viejos más asquerosos querían pagar por una piruja guanga... *¡Qué te pusiste, mi reina! Qué tienes allá abajo que valga la pena la feria que pienso gastar...* Incluso una vez, un chingado borracho no soportó que se le montara, como él dijo, una liandraapestosa a perfume de chicle mientras oía el ruido de mis tripas.

Se puso a decir, tambaleándose con el pilín de fuera, quiero que parezcas de quince, vuélvete pelirroja, haz que tu raja esté más apretada. Me dio tanto coraje oírlo, quedarme envuelta en las sábanas tiesas, verlo erutar esas burbujas de cerveza que viciaban el cuarto. Desafortunadamente no fue el único. Otros clientes comenzaron a quejarse de mis imperfecciones; les asqueaba verme las estrías, el revolvedero de olores vaginales, la poca flexibilidad que me hacía decirles no mames, cabrón, no soy de hule. Me vas a lastimar. Así me fui quedando en la barra los próximos años, engordando, metiéndome a la fuerza en vestidos de lentejuelas que me hacían parecer globo de feria. Me convertí en un adorno dentro del putero, en una reliquia histórica, en la furcia vieja que ofrecían a los foquemones sin varo o a los que las otras muchachas repudiaban por panzones y cochinos.

La línea número tres me lleva directamente a casa. Dos unis el boleto; tres si pasa de la medianoche. Ni sentí cuando el camión comenzó a volar por estar pensando tantas cosas. Por suerte mis jefes están jtones. Siempre dejan la holovisión encendida en un canal donde venden figuritas coleccionables de porcelana. En el cuarto, Clemente se había quedado dormido leyendo uno de esos folletos electrónicos que entregan en las universidades. Qué bueno que este chamaco no le dé por andar de vago. Me recalienta no tirarle con una uni pa" que estudie.

En el refrigerador hay medio burro de machaca que me paso con una cerveza. La llave del fregadero tiene días goteando. En un mundo menos injusto se cerraría con tres vueltas. Desgraciadamente todo tiene una edad. Naiden nos dijo que el futuro llegaría dando chingazos, apartando a empujones a los pendejos que se aferran a vivir en el pasado.

La machaca ha perdido el sabor. Me sabe a tierra condimentada. La cerveza la desliza por mi garganta a duras penas. Enfrente de mí, sobre el comedor, hay un letrero que mi mamá terminó de bordar ayer por la tarde. «Haz algo hoy por lo que tu yo del futuro esté agradecido». Me pregunto si

quien lo escribió tuvo que vivir tanta mierda. Lo triste es que tiene razón. No puedo quedarme de brazos cruzados. Como dije: lo único que sé hacer bien es culear. Mañana mismo iré de nuevo con el Doctor Stone y no saldré de su consultorio hasta que acepte cambiarme la vagina por una que vibre.

Me empino la cerveza. La espuma me pica la garganta y me deja un burbujeo que me hace erutar. Me acerco a la llave del fregadero y la aprieto hasta que, milagro-

samente, deja de gotear. Mañana será otro día, Negra. Otro día más vieja, pero otro día al fin. No te agüites con las trompadas que da la vida. Total, la muy cabrona siempre anda al tiro. Ni modo que te le rajés ahora que ya ni ganas tienes de llorar.

---

La aventura continúa en <https://nitro-press.com/?9786078805204>



# A las puertas del misterio: el detective en la ciencia ficción

Campoamor Stursberg, Rutwig

Por regla general, es difícil trazar la línea que separa una novela de suspense del mero relato perteneciente al género detectivesco, al menos en lo que se refiere a obras escritas con unos mínimos estándares de calidad. De la misma forma, no resulta obvio separar el relato de ciencia ficción con elementos de suspense del relato de aventuras o, incluso, del relato de horror. La línea divisoria que generalmente se establece es por tanto muy tenue, y no siempre resulta fácil dilucidar con acierto si una obra pertenece más a un género que a otro. Mientras la buena ciencia ficción se distingue por sus ideas innovadoras, que suelen constituir el núcleo alrededor del cual se desarrolla la narración, el género detectivesco se centra más en la caracterización de los personajes o en la acción propiamente dicha, dejando de lado cuestiones de índole filosófica o especulativa. Los grandes clásicos de la novela de detectives son muy fáciles de identificar, tanto por su contexto social como histórico, y raramente ofrecen dudas sobre su clasificación. La ciencia ficción, por el contrario, se enfrenta al dilema de no estar netamente definida, y multitud de obras no son plenamente clasificables dentro de los subgéneros que se asocian con ella. El caso de la combinación ciencia ficción y novela de misterio o detectives es especialmente sensible, y durante mucho tiempo se ha debatido si ambos géneros admiten una intersección no trivial. Por razones históricas, los primeros intentos de extrapolar un género al otro fueron abordados por autores de novelas de misterio o aventuras, que pretendían ensayar sus capacidades en un nuevo tipo de literatura.

Hacia principios del siglo XX, diversos escritores consagrados por sus obras policíacas han tanteado el terreno de lo que posteriormente se conocería como ciencia ficción, tratando de explotar la nueva vía literaria establecida por H. G. Wells, con mayor o menor fortuna. Entre ellos, Arthur Co-

nan Doyle es posiblemente el más conocido, siendo *El mundo perdido* (1912), *La zona ponzoñosa* (1913) o *El abismo de Maracot* (1927) sus incursiones más relevantes en el terreno especulativo. No obstante, estos escritos no resultan finalmente tan convincentes como cabría esperar, correspondiendo más propiamente al género de aventuras que al de la futura ciencia ficción. Otro autor célebre por sus novelas policíacas (principalmente por la serie sobre el ladrón de guante blanco Arsène Lupin<sup>1</sup>) es Maurice Leblanc, que escribe en 1919 una novela que, por su contenido, pertenece de modo incontestable a la ciencia ficción,<sup>2</sup> titulada *Los tres ojos*. El tema principal es la comunicación entre Venus y la Tierra, pero camuflada originalmente en un relato de misterio. Todo comienza con el experimento de un sabio aislado, que recubre una superficie con una determinada sustancia de su invención y descubre, para su sorpresa, que en dicha superficie aparecen imágenes de nuestro pasado, siempre acompañadas de unos extraños triángulos con apariencia de ojos que desconciertan al profesor Dorgeroux, que cree haber descubierto un "cronovisor" que permite resolver los grandes enigmas de nuestra historia, sin percatarse de que, en realidad, se trata de imágenes filmadas hace milenios por los habitantes de Venus, que tratan de comunicarse con los humanos mediante este inusual y rocambolesco método. Con el robo del descubrimiento de Dorgeroux comienza una trama detectivesca frenética y enrevesada, una característica típica en la obra de Leblanc.<sup>3</sup> En este contexto, merece la pena añadir una mención de la novela *La máquina de asesinar* de Gaston Leroux, obra eminentemente policíaca publicada en 1924, pero que puede enmarcarse en la ciencia ficción por la original naturaleza de su protagonista: un robot animado por un cerebro humano.

Estos libros, aunque notables en muchos de sus aspectos, no entrarían sin embargo

en lo que genuinamente entenderíamos actualmente como una obra de ciencia ficción con motivaciones de la novela negra, sino en historias de aventuras o policíacas con algunos ingredientes que las aproximan a la literatura de anticipación. Por ello no es sorprendente que John W. Campbell sostuviese firmemente que la novela de misterio y/o detectivesca no tenía cabida en la ciencia ficción, debido a las casi ilimitadas posibilidades de esta última, que impedían atenerse a las reglas más o menos estrictas que establece el género policial. Irónicamente, una de las creaciones más importantes de Campbell, *Visitante del espacio* (1938), contiene multitud de elementos propios de la novela de suspense, en particular, la atmósfera de angustia que rodea a sus personajes. Pese a las objeciones de Campbell, existen ciertas similitudes entre ambos géneros, basándose el de la ciencia ficción fundamentalmente en la especulación científica y sus posibles límites, estando la novela negra más centrada en las circunstancias y motivaciones de un delito consumado o en proyecto, generalmente en un contexto social o político bien definido que, en efecto, no admite extrapolaciones gratuitas a una sociedad futura. Obviamente, la combinación del relato de misterio y de ciencia ficción debe tener componentes genuinos e irremplazables de ambos géneros, condición sin la cual la obra se convierte en un mero pastiche, cambiando los decorados espaciales o planetarios por otros situados a lo largo de la geografía terrestre o temporal. Aunque son muchas las composiciones que pretenden ser originales en este sentido,<sup>4</sup> son pocas las que realmente pueden considerarse efectivas y merecedoras de evocación. Como botón de muestra de un pastiche bien realizado, y en el cual los ingredientes de ciencia ficción son del todo imprescindibles para la coherencia del relato, mencionamos *El problema del puente quejumbroso* (1975) de Philip José Farmer,<sup>5</sup> en el que el autor despliega una ingeniosa trama que proporciona una explicación a los tres casos explícitamente mencionados por Conan Doyle en los que su mítico Holmes no pudo hallar una solución. Según la versión de Farmer, los tres casos

se condensan en uno sólo, en el que Raffles, en competencia directa con Holmes,<sup>6</sup> persigue y neutraliza a un peligroso invasor extraterrestre con una inquietante capacidad de mimetización.

Si una simbiosis ciencia ficción/misterio es posible, se nos plantea la cuestión de qué autor fue el primero en concebir un relato que amalgamase ambos géneros, en el sentido definido por Campbell. Aunque Asimov se ha atribuido el crédito en varias ocasiones, lo cierto es que existen al menos dos antecedentes claros, siendo la novela *El hombre demolido* (1952) de Alfred Bester la más conocida. No obstante, la primacía le corresponde en este caso a Hal Clement en 1949, con su novela *Persecución cósmica*. Es sin duda la primera novela donde el "detective" y el criminal fugitivo son entes extraterrestres, más concretamente, seres con una alta capacidad de simbiosis que, en su apariencia original, corresponden básicamente a medusas. Tanto el cazador como el perseguido estrellan sus naves en el océano Pacífico, matando a sus huéspedes originales, y buscan seres humanos en los que puedan anidar. Por circunstancias de la vida, el cazador se asocia a un adolescente, mientras que el criminal lo hace en el cuerpo de su padre (sin que éste se percate). Con ayuda del muchacho, el cazador desarrolla un plan para obligar al parásito a abandonar el cuerpo del padre, para ser convenientemente neutralizado. Finalmente consiguen su propósito, y el extraterrestre renegado es eliminado sin más ceremonias. Una vez cumplida su misión, el cazador es consciente de que no podrá regresar a su planeta, planteándose la posibilidad de permanecer en la Tierra junto a su huésped humano. La novela, sin llegar a los estándares de calidad (y solidez científica) usuales en Clement, es al menos completamente original en su planteamiento, aunque la trama tenga algunas deficiencias. La más notoria de ellas es la inexplicable elección de ambos extraterrestres en buscar huéspedes humanos, cuando en su condición de medusas, una permanencia en el océano no es sólo más provechosa, sino que aumentaría exponencialmente las posibilidades de fuga del criminal.

Aunque Asimov no fuese el pionero en refutar la hipótesis de Campbell, sí debe concedérsele el mérito de haber iniciado una serie de novelas que contempla elementos fundamentales del género detectivesco serio, pero ambientadas en un marco indisociable de la ciencia ficción. Entre los clásicos que pueden mencionarse en este contexto, se encuentran obviamente las novelas *Bóvedas de Acero* y *El Sol desnudo* (1954, 1957, en los que encontramos una genuina trama de novela negra (el esclarecimiento de un asesinato en circunstancias muy extrañas) ingeniosamente combinada con elementos futuristas (la colonización espacial, los androides, etc), sin los cuales la narración carecería de sentido. De este modo, Asimov ratifica de modo convincente que la obstinación de Campbell en negar la simbiosis de la ciencia ficción con otros géneros no está justificada. A las dos novelas mencionadas habría que añadir los relatos, convencionales pero efectivos, cuyo protagonista es Wendell Urth, un experto en exobiología aquejado de aerofobia, entre otras extravagancias, que actúa como asesor de las autoridades cuando éstas se enfrentan a casos en apariencia inexplicables. Sin moverse apenas de sus dependencias, Urth es capaz de desentrañar los misterios más confusos mediante una estricta aplicación de la lógica, combinada con sus vastos conocimientos acerca de formas de vida extraterrestre.<sup>7</sup>

Al margen de estos títulos sobradamente conocidos, vale la pena recordar asimismo *Asesinato en la convención* (1977), una novela de tipo satírico en la que Asimov se caricaturiza a sí mismo como personaje. En una importante convención literaria, un autor excéntrico pero considerado brillante llamado Devore es hallado muerto en la habitación del hotel. Su amigo Darius Just, a cuya insistencia (nunca reconocida) se debe el (efímero) éxito del finado, empieza a indagar sobre las circunstancias de la muerte de Devore, incapaz de convencer a la policía de las extrañas circunstancias del caso, que apuntan a un homicidio. Tras unas peripecias en cierto sentido kafkianas, Just se percata de que él mismo ha sido detonante

del trágico desenlace, al no entregar a Devore un paquete que le había sido confiado, y que contenía unas plumas exclusivas sin las cuales Devore, sumido en su paranoia particular, se creía incapaz de firmar autógrafos. El día de la presentación de su segundo (en toda apariencia mediocre pero sabiamente publicitado) libro, desesperado por no disponer de sus plumas fetiche, el desafortunado Devore pide prestada una pluma a un camarero, que confunde una estilográfica usual con otra camuflada a tal efecto, y que constituye un ingenioso procedimiento empleado por una red de distribución de drogas con sede en el hotel de la convención. El asesinato de Devore resulta por tanto un efecto secundario de la recuperación del original receptáculo para los estupefacientes.

Siguiendo una línea argumental similar a la novela de Clement, Fredric Brown nos ofrece en *El ser mente* (1960) una versión mucho más sofisticada, y plena del humor negro característico del autor.<sup>8</sup> Un incorregible y peligroso criminal, de naturaleza fundamentalmente incorpórea,<sup>9</sup> es expulsado drásticamente de su planeta mediante un rayo dirigido a la Tierra, donde deberá vivir o perecer exiliado, a menos que encuentre los medios para retornar a su planeta, en cuyo caso se le indultará. El ser aterrizado en el agreste condado de Wilcox, donde debe empezar a buscar huéspedes de los que apoderarse para comenzar el diseño y construcción del ingenio que le devuelva a su hogar. Los primeros intentos de esta inteligencia no son muy esperanzadores, al elegir precipitadamente los seres humanos o animales en los que se hospeda, totalmente inútiles para su propósito, y de los que tiene que deshacerse constantemente, haciendo que se suiciden. No obstante, estas caóticas elecciones le llevan a descubrir el huésped perfecto, un científico llamado Staunton, que está pasando sus vacaciones en la localidad. A partir de este momento, los esfuerzos del ente se centran en apoderarse del profesor. A raíz del inusitado número de suicidios y decesos, Staunton empieza a sospechar que algo extraño está ocurriendo. Después de una minuciosa investigación de los hechos, auxiliado por

una profesora y mecanógrafa local, Staunton empieza a hacerse una idea de la amenaza a la que se enfrentan, e idea un plan para atrapar al ente, en el que él mismo sirve de cebo. Afortunadamente para Staunton, la intrépida Miss Talley consigue neutralizar al extraterrestre a tiempo, encontrando y deshaciéndose del caparazón que suponía la principal (y única) debilidad tangible del ente.

De corte más clásico, adaptado al patrón de policía contra malhechores, la clásica novela de Philip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* es una obra que podría considerarse representativa del subgénero de suspense, al combinar una trama detectivesca (en este caso se trata más propiamente de un policía con atribuciones de un cazador de recompensas) con la ciencia ficción, en la figura de androides renegados que han asesinado para ganar su libertad. Sin embargo, la fortaleza del libro no reside en los elementos detectivescos, sino en la reflexión acerca de qué es en realidad la naturaleza humana y cómo puede condicionarse mediante un constante bombardeo informativo y propagandístico, así como de una intrincada intoxicación psicológica mediante falsos mesianismos. Lo mismo puede decirse sobre sus otras dos novelas con fuertes componentes de género policíaco, como son *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía* (1974) y *Una mirada a la oscuridad* (1977).

*La investigación* (1959) de Stanislaw Lem es una novela de corte aparentemente policíaco, aunque el trasfondo de la obra es eminentemente filosófico. El libro puede considerarse como una reflexión acerca de los límites del conocimiento humano, así como la futilidad de pretender clasificar todos los fenómenos en patrones (estadísticos o de otro tipo) cuya existencia ni siquiera está garantizada. Todo comienza con un desconcertante caso de desaparición o desplazamiento de cadáveres, sin que Scotland Yard pueda encontrar ni culpables ni motivos para tan misterioso fenómeno. El inspector a cargo del caso, llamado Gregory, despliega toda una batería de teorías fallidas, desde la resurrección a extrañas conspiraciones, en su obstinación por encontrar

un culpable físico, en oposición a la actitud (arrogante y despreciable, todo sea dicho) de un estadístico que colabora con la policía, y cuya principal finalidad es desmitificar la cuestión, reduciéndola a una mera anomalía relacionada (estadísticamente) con fenómenos comunes y, en última instancia, con el movimiento browniano.<sup>10</sup> Finalmente, la serie de extraños desplazamientos de los finados remite, sin que se nos ofrezca una explicación o hipótesis plausible del fenómeno.

Como hemos mencionado anteriormente, un cómodo recurso empleado por algunos autores es introducir algún elemento propio de la ciencia ficción en un relato de corte policíaco, pero sin el cual la trama no podría sostenerse. Tal es el caso de las "cámaras temporales" de Wilson Tucker,<sup>11</sup> que permiten a las fuerzas del orden fotografiar el pasado de la escena de un crimen para esclarecer los hechos e identificar a los culpables. En el relato *Exposiciones de Tiempo* (1971), la cámara que puede plasmar en imágenes el pasado inmediato permite a un fotógrafo de la policía descubrir que el autor del asesinato de una joven es el mismo teniente encargado del caso. Tucker retoma aquí un elemento (la cámara) que ya había empleado en la novela *Time Bomb* (1955), donde la policía se enfrenta a un terrorista del futuro que envía bombas a través del tiempo para eliminar a los principales agentes de un movimiento político indeseable.

Aunque resulte atípico citar títulos aparecidos en lo que otrora fueron las "novelas de a duro",<sup>12</sup> cuya característica principal es la trivialidad de las tramas, rescatamos del olvido un curioso relato que supera los estándares de calidad habituales de aquellas colecciones. Nos referimos a *Mil millones de ojos* (1974) de Silver Kane,<sup>13</sup> publicada en la primera época de la colección "Conquista del Espacio". Tras un aparatoso accidente, un famoso piloto de carreras llamado John Norton se desplaza a Nueva York para su rehabilitación. Con el fin de matar el aburrimiento, comienza a observar con unos prismáticos lo que ocurre en un edificio próximo, hasta que un día, para su sorpresa, le informan de que los inquilinos fa-

llecieron hace tiempo. Dudando de su integridad mental, Norton empieza a indagar en el asunto, lo que le lleva a descubrir una extraña relación entre unas litografías de ciertos criminales históricos célebres que se venden en un museo cercano, una serie de asesinatos extraños que siguen unos patrones muy similares a los de los personajes retratados y un extraño dispositivo electrónico inventado por un tal Narrow, primera víctima de la furia asesina. Inadvertidamente, Norton se sumergirá en una peligrosa investigación, en la que su vida se ve amenazada en varias ocasiones, para desenmascarar al inductor de tales crímenes. Pese a que el caso se resuelve en apariencia (el mecanismo que desencadena la locura transitoria de los criminales nunca se explica), el verdadero responsable, una entidad extraterrestre, no es desenmascarada, dejando un final abierto, en el que presumiblemente el invasor continuará con sus oscuras maquinaciones.

Por mencionar alguna de las obras más o menos contemporáneas, Connie Willis nos ofrece en *Por no mencionar al perro* (1997) una combinación de viajes en el tiempo, comedia de enredo y novela de misterio. Pese a haber sido criticada con fiereza, el libro no puede considerarse malo, si bien es algo caótico en su presentación, y más que dudoso en algunas de las extrapolaciones científicas que presenta. La novela narra las peripecias de Ned Henry, un historiador que mediante la ayuda de una máquina del tiempo tiene como misión encontrar cierto objeto llamado "tocón del pájaro del obispo", en apariencia imprescindible para la restauración de una vieja catedral. En un principio, la misión no tiene éxito, y los superiores de Henry, que está anímicamente agotado, deciden enviarle a 1888 para que se restablezca y pueda continuar con la búsqueda con energías renovadas. La finalidad real de su envío a la época victoriana es, sin embargo, otra. Concretamente, investigar las circunstancias de otro viaje en el tiempo en el que se ha llevado un objeto del pasado al futuro, lo que hace temer una disrupción del espacio-tiempo. A partir de aquí la trama empieza a complicarse, con personajes, épocas históricas y elementos

que se van mezclando sin aparente coherencia, pero que están todos relacionados (y resultan incluso ser elementos clave) con la desaparición del tocón pajaril, incluido el misterioso objeto llevado de 1888 a 2057, que resulta ser un gato al que se rescató de ahogarse, y que fue transportado por inadvertencia a través del tiempo. La conclusión final de toda esta maraña es que los científicos llegan a la conclusión de que la traslación temporal de objetos, observadas ciertas condiciones, no supone una amenaza para la estabilidad del espacio-tiempo. Aunque la autora no especula al respecto, es de suponer que este hecho abriría la veda para expoliar sistemáticamente los tesoros del pasado.

Aprovechando la fascinación que producen los avances en inteligencia artificial, David Brin nos presenta en *Gente de barro* (2002), una inquietante novela que combina alta tecnología con los escenarios neblinosos de la novela negra. La historia está ambientada en un futuro en los cuales dobles artificiales de una humanidad en decadencia sirven para realizar las tareas más ingratas o peligrosas que sus originales humanos declinan realizar. En este ambiente se mueve Albert Morris, un detective proclive a meterse en problemas, y que frecuentemente ha empleado duplicados en situaciones complicadas que no deseaba afrontar personalmente. Pese a las credenciales más que cuestionables de este investigador, un excéntrico filántropo llamado Polom contrata a Morris para investigar el paradero del doctor Maharal, un brillante especialista en inteligencia artificial que ha desaparecido misteriosamente. Todo hace suponer que su desaparición está relacionada con un descubrimiento científico revolucionario. En la tradición de los detectives incorruptibles, pero abiertamente violentos, Morris deberá sumergirse en la inmundicia para desentrañar el misterio, tanteando en ambientes en los que la realidad y la simulación están tan estrechamente relacionadas que resultan indiscernibles.

Para acabar con la (largamente incompleta) relación de autores sobradamente conocidos que en algún momento se han visto impelidos a ensayar sus capacidades

detectivescas, recordamos *The long ARM of Gil Hamilton* (1976) de Larry Niven, reunión de tres relatos que tienen por protagonista al extravagante Gil Hamilton, un fracasado minero espacial reconvertido en inspector de seguridad espacial, y cuya principal actividad es perseguir el contrabando y tráfico de órganos humanos. Ambientado en un futuro indeterminado, pero donde el transhumanismo ya es una deprimente realidad, el tráfico de órganos ha sido centralizado por las autoridades terrestres, asegurándose el monopolio del negocio de trasplantes mediante la salomónica decisión de redefinir la pena de muerte como una necesidad sanitaria, enviando a los condenados a las salas de despiece por crímenes cada vez más ridículos. Existen no obstante redes clandestinas que ofrecen mercancía al momento por precios módicos, aunque sus canales de abastecimiento de material sean más que cuestionables. El inspector Hamilton, dotado de poderes de telequinesis a raíz de un viejo accidente, está encargado de sumergirse en este escabroso ambiente para descubrir y desarticular a los principales cabecillas de estas redes clandestinas, en las cuales los malhechores cambian de apariencia física como otros cambian de corbata, lo que no facilita su detección. Pese a sus deplorables hábitos de alcoholismo y drogadicción, que le acarrearán no pocas dificultades, Hamilton consigue siempre su objetivo, y va destapando una tras otra las organizaciones ilegales, acabando con el tráfico ilegal de órganos y evitando que la ciudadanía sirva como material fungible a agencias no autorizadas y reglamentariamente sancionadas por las autoridades.

Entre las rarezas que presentamos en esta ocasión, nos remitimos nuevamente a varios autores de la antigua Alemania Oriental, cuyas obras presentan con cierta frecuencia una interesante combinación de ciencia ficción y tramas propias de la novela negra.

Recordamos en primer lugar la novela *Serie experimental 17* de Rainer Fuhrmann, publicada en 1988, una efectiva combinación de suspense y elementos de ciencia ficción que dan lugar a una convincente narra-

ción. En la planta química de una pequeña ciudad costera se produce una extraña explosión durante una pequeña convención científica. Lo que en apariencia parece un accidente pronto se desvela como un misterio, en el que la desaparición de los dos químicos principales, llamados Kiefer y Banger, es el más notorio. El comisario local, un hombre amargado pero sistemático en su trabajo, no se deja engañar por las apariencias y comienza sus pesquisas partiendo de la base de que algo insólito ha ocurrido. De este modo se descubre que los dos químicos trabajaban en un proyecto secreto relacionado con insecticidas, del que ni sus inmediatos superiores estaban informados. No obstante, las directrices del proyecto varían radicalmente con el decimoséptimo ensayo, a raíz de un sensacional descubrimiento relacionado con la dinámica de gases, que transforma en bombas biológicas a todo organismo que aspire un cierto componente gaseoso del insecticida. Una indiscreción por parte de un asistente de laboratorio de Banger, que trata inútilmente de convencerles del peligro, pone en alerta a diversos agentes extranjeros, que tratan de hacerse con la documentación, conscientes del valor del gas como arma biológica. El asistente, alarmado por la actitud irresponsable de Kiefer y Banger, decide sabotear el experimento y destruir la documentación, acción durante la cual libera accidentalmente una cantidad del gas que es inhalada por él mismo y, posteriormente, por los químicos. El comisario Olsen, en su obstinación por encontrar un sentido a un caso tan desconcertante, logra finalmente deshacer la madeja con la ayuda de su asistente y un técnico experimentado, desarticulando la red de agentes extranjeros y demostrando que ambos científicos perecieron accidentalmente al detonar el gas, inconscientes de haberlo aspirado en su despacho después del robo de los informes, incidente que convierte al asistente Lober en un homicida involuntario. Perdido el descubrimiento de Kiefer y Banger, queda sin respuesta la pregunta sobre si otros investigadores, a partir de unos indicios restantes casi inexistentes, serán capaces de reproducir el experimento.

*La investigación* (1984), del mismo autor, se desarrolla en un escenario genuinamente espacial. En un enclave de investigación recientemente instalado en un satélite de Saturno se produce un extraño accidente, sin que el personal destinado proporcione ninguna información aclaratoria. El inspector Kilian, enviado desde la Tierra para indagar sobre las circunstancias del incidente, debe enfrentarse a la hostilidad manifiesta del comandante de la base, un viejo cosmonauta llamado Metz, y su equipo, que tratan constantemente de obstaculizar su investigación. Lentamente, Kilian y su ayudante van hilvanando hechos aparentemente inconexos que ponen de manifiesto que los expedicionarios no perecieron en un accidente, sino que fueron eliminados por unos extraños alienígenas de tipo cristalino que se vieron amenazados por la presencia humana. Con el fin de evitar una acción represiva por parte del gobierno terrestre que les prive de estudiar y tratar de comunicarse con la extraña raza indígena del satélite, el comandante Metz había decidido manipular los informes. El inspector, una vez que todos los elementos del misterio han sido aclarados, experimenta lentamente una transformación, pasando de ser un burócrata inflexible a estar profundamente interesado por la enigmática naturaleza de los seres cristalinos, y hallando finalmente un medio con el que poder comunicarse con ellos.

Por su parte, K. H. Tuschel, escritor conocido por sus novelas de alto contenido técnico, dedica varios relatos de tipo detectivesco a la pareja de inspectores espaciales Pit y Anja Holland, aunque el elemento de misterio se centra fundamentalmente en resolver complicados problemas técnicos y científicos que se plantean en el contexto de ciertos fenómenos inexplicables.<sup>14</sup> El patrón general de estos relatos es idéntico: en alguna instalación espacial o científica, se producen anomalías o accidentes (computadores que actúan por iniciativa propia, gérmenes desconocidos con alto poder destructivo, radiaciones de tipo desconocido que producen procesos geológicos hasta entonces no observados, así como antiguos mecanismos bélicos de la

guerra fría ya olvidados que se activan de forma automática) que requieren la habilidad de los protagonistas para encontrar las causas o los causantes, a partir de indicios nebulosos que tienen la apariencia de ser sobrenaturales o el resultado de un sabotaje. Aunque puede objetarse que algunas de las tramas son algo ingenuas, no dejan de ser relatos entretenidos, cuya mayor deficiencia es la infalibilidad casi absoluta de los protagonistas, que siempre tienen a su alcance las respuestas adecuadas sin hacer apenas esfuerzo en sus pesquisas, haciendo gala de una superioridad moral que resulta cargante por momentos.

Mucho más sofisticada y compleja resulta la novela *Los árboles del Edén* (1983) de Klaus Frühauf, situada en un Londres futurista y decadente, en el cual árboles artificiales proporcionan oxígeno para combatir la polución y los perros cibernéticos constituyen un elemento esencial en la represión policial. En este idílico y reconfortante ambiente empiezan a producirse extraños casos de enajenación mental, en los que la gente empieza a comportarse de modo irracional y agresivo, imitando la actitud de ciertos primates como los chimpancés o los orangutanes. El biólogo Rossberg es enviado a Londres para esclarecer el asunto, para lo cual deberá recorrer las partes más sórdidas de la urbe, interrogando a sus más pintorescos habitantes. Después de una larga búsqueda, ejecutada de una forma típicamente detectivesca, Rossberg es capaz de demostrar que el extraño fenómeno se debe a que una computadora encargada de la selección de sustancias vigorizantes que se mezclan con el oxígeno distribuido por los árboles-robot (y sintetizadas a partir de compuestos orgánicos presentes en los cerebros de mono) incluye ciertas toxinas causantes de tan anómalos comportamientos. Pese a que la novela está bien planteada y escrita, es hasta cierto punto pesada, por no decir aburrida, debido a la característica tendencia de Frühauf de incluir en sus obras largas disertaciones sobre bioquímica y tecnología farmacéutica, así como ciertos elementos de adoctrinamiento político y sociología que resultan repetitivos y no tienen conexión directa con la narración.

En el ámbito de los relatos breves de corte humorístico, no exentos de clichés descaradamente copiados de la literatura anglosajona, son notorias las historias del detective Timothy Tuckle, creado por el escritor Gert Prokop, autor por otra parte de notables novelas de misterio y policíacas. Auxiliado por una computadora arcaica denominada Napoleón, el investigador resuelve algunos de los crímenes más insólitos y fantásticos del Chicago del siglo XXI.<sup>15</sup> Tuckle, a diferencia de la figura tradicional del detective, es un vividor al servicio de la aristocracia financiera, de la que se aprovecha para llevar una vida llena de excentricidades y lujos, aunque de forma encubierta sea un agente cuya misión es precisamente debilitar a dichas élites y forzar cambios en una sociedad dominada y jerarquizada por las grandes corporaciones.<sup>16</sup> Dejando de lado las (inevitables) insinuaciones políticas, los relatos breves protagonizados por el detective Tuckle resultan amenos y son, hasta cierto punto, la contrapartida oriental de la ciencia ficción satírica de F. Brown.

Finalizamos nuestro periplo con una de las novelas menos conocidas de los hermanos Strugatsky, llamada *El hotel del alpinista muerto* (1970), en la que los autores proponen una curiosa variante de los llamados misterios de "habitación cerrada". En un idílico hotel de montaña, el inspector de policía Glebski disfruta de sus merecidas vacaciones, rodeado de un grupo de huéspedes un tanto excéntricos. A raíz de una inesperada avalancha, en la que el hotel queda aislado del mundo exterior, comienzan a producirse unos extraños robos en el hotel, anomalías que culminan cuando uno de los turistas es encontrado muerto en extrañas circunstancias. La tragedia no afecta sin embargo a la moral de los restantes huéspedes, que siguen entregándose a sus frívolas actividades. El inspector Glebski, aunque concienzudo, no destaca por su perspicacia, y conforme se siguen reproduciendo extraños fenómenos, su fracaso se va fraguando. Completamente desorientado por los hechos, Glebski se percata de que una de sus aparentemente absurdas conclusiones, referente a una intervención extraterrestre, va perfilándose lentamente y cons-

tituye la única explicación plausible. Su intuición se verá corroborada conforme vaya descubriendo que algunos de los turistas no son en absoluto lo que aparentan, y que su presencia en el hotel no es en absoluto casual.

En resumidas cuentas, pese a ser dos géneros plenamente autónomos e independientes, tanto la ciencia ficción como la novela policíaca comparten algunas particularidades que han sido bien explotadas por algunos autores, dando lugar a notables obras que pueden considerarse actualmente clásicos. Nos hemos limitado a una breve enumeración de autores y títulos, sea por cuestiones históricas, referentes al inicio del subgénero de detectives en la ciencia ficción, sea para poner de manifiesto y recordar obras poco conocidas que, sin embargo, han demostrado ser de gran calidad. Podrían añadirse cientos de títulos adicionales, algunos pertenecientes a largas sagas, pero que hemos excluido por tratarse más de novelas de entretenimiento y/o puramente comerciales que de obras representativas. Obviamente, se trata de un juicio plenamente subjetivo basado en hechos circunstanciales, y el perspicaz lector podrá diferir en sus conclusiones, a raíz de los indicios presentados. Sea como fuere, el hecho incontestable es que la ciencia ficción, lejos de ser un compartimento estanco, ha demostrado ser adaptable a todo tipo de situaciones y subgéneros literarios, saltándose todas las ficticias barreras que algunos puristas tratan de imponer. En este sentido, no debemos inquietarnos, puesto que el despliegue de imaginación de los autores es ilimitado, y nuevas y fascinantes combinaciones de tecnologías futuristas e investigadores a la usanza clásica seguirán deleitándonos. Para acabar, lanzamos una variante que consideramos interesante, y que todavía no ha sido sistemáticamente explotada: la del investigador policial incorpóreo, en forma de inteligencia artificial, al que por su naturaleza no puede controlarse, y que sin duda constituye el perfecto celador en las sociedades futuristas. Ahora bien, si suponemos que el criminal perseguido sea también una inteligencia artificial, se nos abren nuevas e inquietantes

vías para la especulación. Aunque, pensándolo bien, tales inquisidores (e infractores) ya van abriéndose paso inadvertidamente, con el beneplácito de aquellos que, por comodidad, renuncian a su último reducto de libertad. ¿Será que ya formamos parte de una ficción?

## REFERENCIAS

ASIMOV, I. 1968 *Asimov's Mysteries* (New York, Dell Publishing)

ASIMOV, I. 1977 *Asesinato en la conveni-ción* (Barcelona, Editorial Bruguera)

ASIMOV, I., GREENBERG, M. H., WAUGH, C. G. 1979 *The Thirteen Crimes of Science Fiction* (New York, Doubleday)

BESTER, A. 1975 *El hombre demolido* (Buenos Aires, Editorial Minotauro)

BRIN, D. 2003 *Gente de barro* (Barcelona, Ediciones B)

BROWN, F. 1963 *La mente asesina de An-drómeda* (Barcelona, Edhasa)

CAMPBELL, J. W. 1954 *Mensajero del es-pacio* (Buenos Aires, Editorial Acme)

CLEMENT, H. 1957 *Persecución cósmica* (Buenos Aires, Jacobo Muchnik)

CONAN DOYLE, A. 2013 *El abismo de Ma-racot* (Madrid, Editorial Valdemar)

DICK, P. K. 1976 *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía* (Barcelona, Editorial Acervo)

DICK, P. K. 1980 *Una mirada a la oscuri-dad* (Barcelona, Editorial Acervo)

EFFINGER, G. A. 1989 *Cuando falla la gra-vedad* (Barcelona, Martínez Roca)

FRABETTI, C. (Ed) 1976 *Ciencia Ficción. Selección 23* (Barcelona, Editorial Bruguera)

FRÜHAUF, K. 1983 *Die Bäume von Eden* (Halle, Mitteldeutscher Verlag)

FUHRMANN, R. 1984 *Die Untersuchung* (Berlin, Das Neue Berlin)

FUHRMANN, R. 1988 *Versuchsreihe 17* (Halle, Mitteldeutscher Verlag)

KANE, S. 1974 *Mil millones de ojos* (Bar-celona, Editorial Bruguera)

KERR, P. 1996 *Una investigación filosófi-ca* (Barcelona, Editorial Anagrama)

LEBLANC M. 1951 *Los tres ojos* (Buenos Aires, Editorial Tor)

LEBLANC M. 2001 *Le formidable événe-ment* (Paris, Livre de poche)

LEM, S. 1977 *La investigación* (Barcelona, Editorial Bruguera)

LEROUX, G. 2022 *La máquina de asesinar* (Madrid, Editorial Verbum)

MADISON DAVIS J. 2010 *Two Ways of Describing the Elephant: Science Fiction and the Mystery, World Literature Today* **84 (3)**, 9-11

MCMASTER, L. 1996 *Memory* (New York, Spectrum Literary Agency Inc.)

NANIA, J. S. 1984 *Exploring genres: Sta-nislaw Lem's science fiction detective novels*, *Extrapolation* 25, 266-279

NIVEN, L. 1976 *The long ARM of Gil Ha-milton* (New York, Ballantine Books)

PROKOP, G. 1977 *Wer stiehlt schon Un-terschenkel?* (Berlin, Das Neue Berlin)

STITH, J. E. 1990 *Redshift Rendezvous* (New York, Ace Books)

STROUGADSKY, A. et B. 1988 *L'Auberge de l'alpiniste mort* (Paris, Denoël)

TUCKER, W. 1955 *Time Bomb* (New York, Rinehart & Co.)

TUSCHEL, K.-H. 1984 *Inspektion Raumsi-cherheit* (Berlin, Neues Leben)

WILLIS, C. 1999 *Por no mencionar al pe-rro* (Barcelona, Ediciones B).

## NOTAS

[1] El personaje de Lupin está a su vez inspirado por el de Raffles.

[2] Estas obras están catalogadas como un "roman de merveilleux scientifique", que puede considerarse un antecedente de la ciencia ficción moderna.

[3] Algunos antologistas incluyen tam-bién *Le formidable événement* (1920) como obra de ciencia ficción.

[4] Algunas de las operetas espaciales son, fundamentalmente, historias "de mis-terio" con un decorado de cartón-piedra que se pretende vender como ciencia ficción. Éstas no son obviamente nuestro ob-jeto de discusión.

[5] Relato presentando como una de las aventuras de Arthur J. Raffles, icónico personaje creado por E. W. Hornung, cuñado de Conan Doyle, y que supone una antítesis de la figura de Holmes. Recogido en la antología editada por Carlo Frabetti citada en la bibliografía.

[6] Al final de la historia resulta que Holmes sí que había deducido la verdad, pero que por cuestiones de seguridad pública, el asunto fue convenientemente mantenido en secreto. De este modo, los tres casos se catalogan como no resueltos, con el fin de evitar la divulgación de los hechos. Aquí Farmer rompe claramente una lanza en favor de la infalibilidad de Holmes.

[7] En este sentido, Urth es una versión futurista del personaje C. A. Dupin de Edgar A. Poe.

[8] Traducida al castellano con el equívoco título "La mente asesina de Andrómeda".

[9] Aunque sujeta a ciertas limitaciones, como la necesidad de regresar periódicamente a una especie de caparazón que debe sumergirse en una solución plena de nutrientes.

[10] El movimiento browniano es un elemento recurrente en la obra de Lem, y que puede considerarse como un elemento de orden en un medio caótico.

[11] Debe recordarse que Tucker era asimismo un autor consagrado en el género policíaco.

[12] Es decir, las novelas de bolsillo que tan populares fueron, hasta su desaparición a principios de la década de 1990.

[13] Pseudónimo empleado por el escritor Francisco González Ledesma.

[14] Relatos reunidos en el volumen *Inspektion Raumsicherheit*. Véase la bibliografía.

[15] Los relatos aparecieron en 1977, de ahí que el "futuro" de dichas tramas sea cosa de nuestro presente.

[16] Es interesante observar cómo algunas de las características de la sociedad distópica de Prokop han dejado de ser meras especulaciones, tales como la intervención de las industrias alimentaria y farmacéutica.

# Despedida completa

Rodríguez Laguna, Ismael

Clara se quitó el casco y miró a sus dos hijos. Ellos ya se habían quitado los suyos.

–Se sentirán aturdidos unos segundos, es normal –dijo el doctor mientras se concentraba en el monitor.

Durante unos instantes, el doctor permaneció en silencio mientras consultaba los datos que salían por pantalla.

–Muy bien, familia –anunció finalmente mientras levantaba la vista y se dirigía a Clara–. Sus sondas cerebrales no muestran signos de lesiones significativas. Debemos tener en cuenta que los tres han estado algunos días en coma: dos días Rebeca, tres días Daniel, y seis días Clara. Por el tipo de impactos que sufrieron, es muy probable que ahora tengan algunas lagunas en sus recuerdos sobre sucesos del pasado. No obstante, en los tres observo ahora una actividad cerebral normal –dijo mientras señalaba su pantalla con el dedo–. Dada la velocidad con la que las rocas del camión que tenían delante atravesaron el parabrisas de su vehículo y golpearon en sus cabezas durante el accidente, sería esperable lo contrario. Son muy afortunados.

Clara hizo algunas preguntas al doctor y después rellenó algunos formularios. Finalmente, los tres se despidieron del doctor y salieron de la consulta.

Ya en la calle, Clara sacó de su bolso los documentos que los bomberos habían logrado extraer del coche y volvió a leerlos. Se trataba de unas escrituras de una casa. Según les informó la inmobiliaria, había vendido su antigua casa el día anterior al accidente, y en el momento del accidente se dirigían a recoger las llaves de la nueva casa que había acabado de comprar en otra ciudad. Por otro lado, a juzgar por los mensajes de móvil acumulados mientras estuvo en coma, también tenía un nuevo empleo en esa ciudad, al que obviamente no había podido incorporarse todavía.

Clara volvió a guardar los documentos en su bolso. Los tres comenzaron a andar

por la acera.

–Mamá, ¿nosotros hacemos celebraciones? ¿las hemos hecho alguna vez? –preguntó Rebeca al salir a la calle.

–¿Por qué lo dices?

–Tratando de repasar mis recuerdos entre varias lagunas, no recuerdo ninguna Navidad, ni ningún cumpleaños, ni nada parecido. ¿Lo recordáis vosotros?

–Lo cierto es que yo tampoco recuerdo nada así –dijo Dani–. Bueno, me temo que hay muchas más cosas que no recuerdo.

Clara meditó durante unos segundos y se entristeció.

–Me temo que yo no recuerdo vuestros nacimientos. Ni cómo íbamos a los lugares de nuestras vacaciones. De hecho, recuerdo muy poco de nuestras vacaciones.

–Me pasa lo mismo, mamá –dijo Rebeca–. Pero, mira por donde, sí que recuerdo muy bien el tiempo pasado en el colegio.

Rebeca se rio durante unos segundos. Después los tres permanecieron callados durante un rato.

–Mamá –dijo Dani al fin–, no recuerdo haberte preguntado nunca quién fue nuestro padre.

Clara se paró en seco.

–Bueno, no recuerdo nada de él desde que naciste tú. Es el padre de ambos, así que deduzco que regresó para volver a abandonarnos otra vez después. Desde entonces nunca le vimos, jamás nos visitó. No creo que merezca que pensemos en él.

Los tres permanecieron en silencio unos segundos. Al final fue Rebeca la que habló.

–¿Sabéis qué? Al entrar en la nueva casa, haremos una gran celebración.

Los tres sonrieron.

Una hora más tarde entraron en su nueva vivienda y comenzaron a explorarla. Clara se dirigió al que sería su nuevo dormitorio.

Se dio cuenta de que no recordaba haber estado nunca dentro de la cama de su antigua casa. No obstante, sí recordaba haber dormido alguna vez en el sofá del salón.

\*\*\*\*\*

(Una semana antes)

Ayer, amado esposo y padre, te fuiste de nosotros. En estos momentos de dolor, ante tu ataúd, no somos capaces de abarcar ni comprender el golpe que tu marcha nos deja.

Recordamos tu mirada, tu risa, tu calor, tus abrazos, tus errores, tus sermones, tus silencios, tu fuerza, tu presencia, tu testarudez, tu generosidad. Tu capacidad para estar ahí, para caerte y levantarte, para hablar poco y decir mucho, para disponerlo todo según tus planes interviniendo sólo lo necesario.

Conforme a tu deseo, hoy nos mudaremos y dejaremos atrás nuestra casa, la casa de nuestra vida contigo, la casa de todos nuestros recuerdos, y nos iremos a vivir a otra ciudad, igual que tú ayer te mudaste a otro lugar. Se separan nuestros caminos hasta que, quién sabe, quizás nos reencontremos más tarde.

Tú sabías que yo no podría soportarlo y decías que después de irte yo no lograría levantar el vuelo. Hace años jamás me hubiera imaginado esto. No así, no tan pronto. La conmoción todavía no me deja ver el vacío que se abre tras ella. Por otro lado, hace meses ya sabías que Dani y Rebeca no podrían soportarlo. Es mucho más de lo que unos preadolescentes pueden aguantar. Sabías que, sin tener culpa, al irte nos harías daño.

Los tres estamos ahora solos en esta sala, ante tu cuerpo inerte, preparándonos para despedirnos definitivamente de ti. Los tres lloramos. Los tres sabemos que quedan segundos para que tu efigie abandone nuestra retina para siempre.

Entran los operarios, ha llegado el momento.

Adiós, amado esposo y padre. Cumplimos ahora tu último deseo rebosante de amor y generosidad.

Los operarios nos ponen los electrodos en la cabeza.

Tal y como deseaste, no te recordaremos.

Adiós por completo.

